

# BOLETÍN

## DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEO DE BARCELONA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XL.

MADRID, 31 DE AGOSTO DE 1916.

NÚM. 677.

### SUMARIO

#### PEDAGOGÍA

La edad heroica, por *D. Luis de Zulueta*, página 225.—La Psicología experimental y el maestro, por *D. Juan Vicente Viqueira* (continuación), página 233.—La ornamentación floral de la escuela, pág. 239.

#### ENCICLOPEDIA

Tipos de tiempo, por *D. Nicolás Sama*, pág. 245.

#### INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Don Francisco Giner de los Ríos, por *D. Juan Caballero Rodríguez* (continuación), página 249.—Libros recibidos, pág. 256.

### PEDAGOGÍA

#### LA EDAD HEROICA (1)

por *D. Luis de Zulueta*,

Profesor en la Escuela Superior del Magisterio.

¿Dónde tienen sus cuernos las vacas? Insistíamos, señores, en las anteriores conferencias, sobre la necesidad de abrir grandes horizontes a la juventud, horizontes sin límites, lo mismo en el mundo de la naturaleza que en el mundo del espíritu.

(1) Este artículo es la última de las tres conferencias que con este título pronunció el autor los días 16, 23 y 30 de Noviembre en la sala de la Residencia de Estudiantes.—La edad heroica, para el autor, es la juventud; y su trabajo, algo en el estilo de las célebres conferencias semanales de M. Pécourt en la Escuela Normal Superior de Fontenay aux Roses tiende a suscitar en nuestros jóvenes el gusto por el lado ideal en todas las manifestaciones de la vida.

Vivimos, en general, demasiado reclusos en el círculo estrecho, mezquino, de nuestras experiencias y relaciones. Conveniría, decíamos, ensanchar este círculo por medio de las lecturas, los viajes, la actividad social; enriquecer el material de las intuiciones sensibles, que son la base de todo el pensamiento y de toda la vida. Ver, ver mucho. Y no sólo ver, sino ver con intención, con interés; es decir, mirar. Y no sólo mirar, sino mirar con aquella intervención del razonamiento que agrupa, que separa, que organiza la realidad reflejada en nuestra retina; es decir, observar.

Ver, mirar, observar... Somos, por lo común, los españoles, malos observadores. Muchas personas cultas, ilustradas, no podrían decir, por ejemplo, qué árboles son los que hay en la plaza por donde pasan cada día, o a quién representa la estatua que está en el centro de esa plaza. Yo recuerdo, a este propósito, que en una escuela superior inglesa, para los exámenes de ingreso, al lado de otras preguntas científicas y técnicas, se hicieron algunas como ésta: «¿Dónde tienen los cuernos las vacas? ¿Delante o detrás de las orejas?» Quizá no todos supieron contestar. Y, sin duda, entre nosotros, no faltan bachilleres y doctores que vacilarían bastante antes de dar respuesta a esa pregunta.

Pero aún hay un grado superior. No basta ver y mirar, no basta observar; hay un grado en que al razonamiento se une el sentimiento, la emoción, la simpatía hacia las cosas observadas: la contemplación. Contemplación es visión perfecta en la que el hombre interviene por entero; es como

una armonía entre el alma y el mundo. La contemplación es la mitad del camino de la vida.

Mas hoy, señores, vamos a hablar precisamente de la otra mitad. La otra mitad es la acción.

*Obrar según el pensamiento.*—Y la vida es acción. Por la acción nos descubrimos a nosotros mismos. Si por los frutos se conoce el árbol, por las obras no sólo conocemos a los demás, sino que por ellas y no por la reflexión o la meditación se conoce cada uno, sabe lo que es y lo que puede.

La vida es acción. No es un espectáculo más o menos divertido. Hablando con precisión, no existen espectáculos; nunca somos exclusivamente espectadores. Parece ser que cuando asistimos, por ejemplo, a la representación de un drama, no tan sólo se desarrollan en nuestra conciencia, si bien de una manera atenuada, virtual, los afectos y pasiones que se representan en la escena, sino que en nuestro organismo físico iniciamos, aunque imperceptiblemente, los movimientos que van ejecutando los actores. No hay ningún espectáculo interesante, en el que no participemos, en el que no seamos actores de un modo real y verdadero.

Cada uno de nosotros lleva dentro de sí un secreto impulso que le mueve a exteriorizarse, a manifestarse en obras. Todos queremos, al pasar por el mundo, dejar algunas huellas sobre la tierra. Sin esto, la vida, aun la vida más feliz y llena de goces, ¿valdría la pena de ser vivida?

Pero el hombre verdaderamente digno de serlo, digno de la humanidad que representa, es aquel que a este impulso oscuro, instintivo, le señala un objeto, aquel que se propone fines elevados y progresivamente los va realizando. Dice Goethe en la carta de aprendizaje de Wilhelm Meister: «Obrar es fácil; pensar, difícil; obrar según el pensamiento, es lo que exige es fuerza».

*Obrar según el pensamiento:* en eso consiste la verdadera voluntad. Porque la voluntad no es la mera espontaneidad, la tendencia, el ímpetu, el capricho, el anto-

jo, el arbitrio... Mucho menos, claro está, es la ley exterior, impuesta desde fuera. Pero cuando a la espontaneidad se une la ley, porque la ley se interioriza, porque la ley viene a ser ya el florecimiento, la plenitud de la misma espontaneidad, entonces existen verdadera voluntad y libertad verdadera.

*El deber de la acción.*—La vida contemporánea exige de un modo especial el cultivo de la voluntad. En la vida moderna se acelera de una manera vertiginosa el ritmo de la acción; la competencia, en todos los campos, es cada vez más dura; la lucha más difícil; el triunfo más aventurado; se tiende a suprimir el tiempo y el espacio... Deprisa, deprisa... Constantemente nuevos trabajos, nuevos estudios, nuevas empresas. Y no podemos sustraernos a esta condición, a este vértigo de nuestros días; no podemos ni debemos sustraernos, porque en lo hondo de ese torbellino de codicias y ambiciones, se oye la voz pura del espíritu humano, que quiere ser más, alcanzar más, poder más, dominar más completamente a la naturaleza, y aun superarse a sí mismo, llegando, adonde no con sus fuerzas, por lo menos con sus anhelos y sus esperanzas.

Todos hemos notado alguna vez que, al pasar de una gran capital a un pueblo, a una aldea, cambia bruscamente el ritmo de la actividad, y la vida entera se desarrolla con mucha más lentitud. Pues bien, doloroso es recordarlo, pero es conveniente observarlo; la misma sensación se experimenta cuando después de una temporada un poco larga de residencia en el extranjero, se regresa nuevamente a España: el ritmo languidece, la gente va más despacio, el tráfico se paraliza, nadie tiene que hacer, hay tiempo para todo, nunca se llega tarde.

¡Qué grave es esto! Preciso es que todos nos esforcemos en reaccionar contra esta modorra española que puede ser el más capital de nuestros pecados; porque en las luchas actuales, lo mismo entre pueblos que entre individuos, el que se detiene es inmediatamente alcanzado y atropellado por los que vienen detrás, por los que

van ascendiendo, impelidos acaso por móviles mezquinos y egoístas; pero en el fondo, colaborando, aun sin saberlo, a los grandes fines humanos; abriendo, aun sin sospecharlo, los nuevos caminos de la historia.

Es muy defectuosa en este punto la moral vulgar, la moral habitual. Preferentemente restrictiva, negativa, nos dice lo que no hemos de hacer, lo que nos cumple evitar; está casi toda compuesta de prohibiciones. En cambio, no nos dice en primer término lo que hemos de hacer, qué cosas estamos obligados a realizar. No nos habla, ante todo, del deber primordial de la acción; del deber de exteriorizar nuestro espíritu, de modificar la realidad, imprimiéndola nuestro sello de colaborar de alguna manera a la obra general del progreso humano.

Yo creo que, en esencia, todos los pecados son pecados de omisión. No hay acción tan mala como la inacción sistemática. El enemigo es la pereza, la apatía, la desidia, la abulia. Ante todo, hay que vivir, vivir intensamente. Hay que trabajar y luchar, porque sin lucha y sin trabajo la vida no sería vida. Sin lucha y sin trabajo, sobre todo, la juventud no sería juventud.

*¡He perdido mi juventud!*—Nada encuentro más triste que la situación del hombre que, traspuestos los treinta años, cruza los brazos sobre el pecho, baja la frente, entra en sí mismo, mira hacia atrás el camino recorrido, y tiene que decirse con amarga sinceridad: Yo he perdido mi juventud.

¡Parece mentira que la juventud pueda perderse! ¡Parece mentira! Más tarde, en la edad viril y en la madurez, la naturaleza misma nos avisa y nos empuja a la acción, manteniendo despierta en nosotros la conciencia de que la vida fluye, corre y se nos escapa de las manos. El hombre de treinta años se da cuenta de que el tiempo pasa. Escucha como un tic, tac, interior, a cuya rapidez angustiosa ha de ir acomodando sus acciones y sus trabajos. Es la voz de la naturaleza que ya prevé la inercia, el desengaño y la fatiga. Y nosotros nos afanamos vertiginosamente por hacer,

por crear, por dejar un rastro sobre la tierra. La mañana ha huído ya. Los días se desvanecen como sombras.

Pero la naturaleza, magnánima, no ha creído necesario poner esa torturadora inquietud en el corazón de la adolescencia. Los años juveniles son por sí mismos tan intensos, tan activos, tan vitalmente pródigos, que no parece que puedan perderse, aunque no se sientan pasar. La naturaleza consiente que el joven viva sin apremios ni torturas, sin oír el perenne roer de la carcoma del tiempo. El joven queda entregado a su propia espontaneidad. La naturaleza confía en él. No le acongoja con el ayer y el mañana. Le envuelve en la luz de un día eterno, como a los dioses inmortales.

No perdamos, pues, nuestra juventud; no la perdamos miserablemente. Pensemos que esa es la edad de los esfuerzos heroicos, la edad en que debemos iniciar nuestra labor intelectual y nuestros trabajos sociales y profesionales.

En la juventud podemos afianzar, en primer término, la base económica de nuestra vida y de la de nuestra familia.

Podemos también leer enormemente; es la edad en que se devoran los volúmenes, quizás de una manera atropellada, empezando libros que no siempre se terminan, pero quedando en el fondo del alma un sedimento que luego perdura para toda la vida.

Podemos, además, viajar; no hay libro comparable al bastón del caminante; ver tierras, ver mundo, recorrer siquiera bien la ciudad en que vivimos, que para muchos es una ciudad ignota. ¡Cuántas cosas hay en ella, interesantes, hermosas, que tal vez no conocemos como las conocen los turistas al segundo o tercer día de su llegada!

Podemos comenzar, por otra parte, el ejercicio de la carrera que hayamos elegido, procurando hacerlo con tal entusiasmo, con tal escrupulosidad, que cualquiera que ella sea, la ennoblezcamos; porque, como pensaba Channing, no es la función la que hace la dignidad del hombre, sino el hombre el que hace la dignidad de la función.

Podemos, al mismo tiempo, interesarnos por los problemas sociales, por las grandes cuestiones nacionales y humanas, las crisis económicas, los anhelos morales que laten en el fondo del alma colectiva. ¡Bien valen la pena de que les dediquemos un poco de nuestra actividad, cuando hay tantos hombres generosos que por ellos se sacrifican y arrostran, en ocasiones, hasta la misma muerte!

Podemos iniciar, finalmente, nuestra educación cívica, y contribuir a la formación de un espíritu nacional, de una opinión pública ilustrada, consciente, vigorosa; seguros de que la corrupción de la política española, no tanto nace de la maldad o la ineptitud de los pocos que en ella intervienen, cuanto de la pasividad y la cobardía de los más, de la abstención de los más, que luego se desahogan con la murmuración y la crítica estéril, llorando sobre las ruinas de una patria que no han sabido defender como hombres.

*Religiosidad.*—Pero, amigos míos, el hombre más entregado a la acción, el hombre que en la acción se abandone como la piedra que describe su trayectoria en el aire, no dejará por eso de recapacitar un instante, de entrar en sí y de encararse con la tremenda interrogación: ¿Para qué todo esto? ¿Qué sentido tiene la vida?

¿Quién será el que alguna vez, al caer la tarde, en la hora melancólica del crepúsculo, cuando el cuerpo, después de la labor diaria, empieza a rendirse suavemente a la fatiga, y parece que el espíritu, más libre, flota entre los recuerdos de la infancia, quien será de entre nosotros el que no se haya preguntado alguna vez: ¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Qué me dice y qué me oculta este Universo variable, deslumbrador, que por todas partes me rodea? ¿Cuál es la última significación de la existencia humana? Cuando un día la tierra se enfríe y este mundo sea un cuerpo muerto que flote por los espacios, ¿qué quedará de nuestros esfuerzos y de nuestros dolores? ¿Por qué vivir? ¿Para qué vivir? ¿Qué saca el hombre de todos los trabajos con que se afana debajo del sol?

Estas preguntas no pueden contestarse con lo que en las anteriores conferencias hemos dicho. A estas preguntas, a estas últimas preguntas no responde la ciencia, no responde el arte, no responde tampoco la moral, que se concreta a darnos normas para la voluntad y leyes para la conducta.

Sin embargo, yo no puedo contentarme con estos ideales fragmentarios: el ideal ético, el estético, el del conocer; yo necesito un ideal total, que absorba la personalidad por entero, dándole una interpretación superior de la vida y del mundo. Si es preciso sufrir, dice el hombre, me resignaré al sufrimiento; si mi espíritu es limitado, acepto sus límites; si es preciso ignorar eternamente las primeras causas de las cosas, yo me humillo y me conformo a la ignorancia. Pero que yo sepa, que de alguna manera y en alguna forma sepa, por lo menos, que el alma que quiere subir y elevarse está sostenida por fuerzas superiores; que la virtud no es sólo un nombre; que el hombre honrado no es el juguete de una ilusión; que el triunfo definitivo es del Bien; que no se pierde ningún esfuerzo puro y desinteresado; que nuestros anhelos y trabajos no dejan sólo la estela momentánea que deja el navío; que los pueblos y las gentes no se sacrifican en vano; que las generaciones no se hundan inútilmente una tras otra en la nada; que el ideal no es una sombra ni es sueño; que de nuestros dolores y de nuestras angustias queda algo más que lo que quede del llanto derramado hace siglos en el fondo de un antiguo lacrimatorio.

¿Cómo se llega a esta creencia? ¿Cómo se forma esta convicción? ¿Cómo nace esta certidumbre, esta confianza, esta fe?

No queramos penetrar en las profundidades del espíritu religioso. Cada cual con su conciencia. Respetemos el sagrado del alma. Pero lo innegable es que esa creencia, esa convicción, existe más o menos latente en todos los hombres y en algunos llega a tener una fuerza tan grande, que subsistiría aunque se arruinara el mundo entero. Se esconde en lo más hondo de nuestra personalidad: es la llama interior y divina que arde silenciosamente en la lám-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
 ATE 229  
 BARCELONES

para de nuestro corazón y que no podría apagarse, aunque se extinguieran todas las luminarias del cielo.

En estas horas de recogimiento y de paz interna, nos preparamos nuevamente para la acción y para la lucha. Pero ya entonces entramos en los azares de la vida con otro entusiasmo, con otra seguridad; aunque sepamos que por mucho que realicemos será mucho más lo que quede por hacer, aunque comprendamos que por grande que resulte la herencia espiritual que dejemos a nuestros hijos, todavía la herencia mayor, la más humana, será siempre una herencia de esperanzas y de ilusiones.

Entonces, según el pensamiento de San Agustín, «buscaremos como buscan los que saben que han de encontrar, y encontraremos como encuentran los que saben que han de buscar todavía». ¡Ah!, porque el sentimiento religioso, como todo verdadero sentimiento, a diferencia de aquella sensiblería falsa que enerva y que paraliza, es un resorte de la voluntad y el propulsor más eficaz de la acción.

Yo creo que se habla con exceso del sentimiento religioso como de un freno, no sólo en lo individual, sino también en sentido social, cuando se quiere ver en él una garantía exterior del orden público. No; por mi parte he de decir que concibo la religiosidad no tanto como un freno, cuanto, por el contrario, como un acicate que, clavándose en el alma, la hace caminar y subir por la cuesta difícil del propio perfeccionamiento... ¡Arriba! ¡siempre arriba!..., aunque sea tropezando, aunque sea cayéndose y levantándose y volviendo a caer. Porque ¡ay del que no cae! El que no cae es que no anda, es que está detenido, es que se ha quedado inmóvil en aquella virtud estática del fariseo, para el cual no hay salvación.

*La crisis de la familia.*—No podemos extendernos, como yo quisiera, sobre el aspecto social de estas mismas tendencias humanas; deberíamos tratar nuevamente de la ciencia, el arte, la moral y la religión, considerándolos ahora en su valor colectivo. Limitémonos a un bosquejo muy rápido.

Toda obra humana es una obra colectiva; hacer, para el hombre, fué siempre hacer en común; pero nunca quizá como en estos tiempos se ha reconocido la importancia, el alcance, la trascendencia de ese vínculo social.

Se objetará tal vez que existe en nuestra época una crisis de la familia. Es indudable: la familia patriarcal, moviéndose sumisa bajo la bendición del padre, la mujer recluida en el recinto del hogar, los hijos colaborando al trabajo doméstico y continuando fielmente las tradiciones de su estirpe, los criados unidos perpetuamente a la casa por vínculos de afecto y de lealtad; todo eso, ¿cómo negarlo?, está desapareciendo de la vida contemporánea.

Creo yo que la familia es una institución permanente, una institución perenne en la sociedad humana; pero, por eso mismo, pienso que la familia cambia y evoluciona a través de los siglos. Hoy la evolución de la familia va estrechamente emparejada con la evolución social de la mujer.

Van ya desapareciendo y siendo reemplazados por la industria, muchos trabajos y labores que antes correspondían a la familia y se realizaban bajo el techo paterno. En casa se cocía el pan, en casa se hilaba y se tejía, en casa se hacían los vestidos y utensilios. Desarrollemos más este proceso y supongamos que muchas otras cosas puedan ser igualmente absorbidas por la industria organizada; imaginemos que de una manera industrial, por medio de operarios independientes se lleva a cabo la limpieza de las habitaciones y el servicio de la comida, y veremos dibujarse en el porvenir el cuadro de una familia distinta de la actual, más abierta, más libre, más en relación con los otros círculos sociales: de una familia sin cocina, sin criados, donde la mujer, redimida de las pequeñas miserias de la economía doméstica, podrá dedicarse a su función elevadísima en todo lo que se refiere a la intimidad del hogar y a los deberes santos de la maternidad.

¡Ah! pero no nos engañemos; la familia futura, lejos de basarse en una relajación de las leyes morales, exigirá, para subsistir, más fidelidad, más cariño, más abnega-

ción, más virtudes que pueda haber exigido la familia tradicional.

Algo habría que decir también de otros círculos mayores de la organización social; habría que hablar de la vida corporativa, la vida de las asociaciones, de la cual puede ser un ejemplo hermoso esta misma Residencia de Estudiantes, que ofrece ocasión propicia para educarse y prepararse a la intervención en las necesidades y deberes de la actividad colectiva.

Pero es preciso que pasemos sobre todo eso para abreviar, y que nos limitemos a decir algunas palabras sobre el más fuerte e importante de los lazos sociales: el sentimiento de la Patria; un sentimiento que parecía irse esfumando en la época moderna, y que ahora vemos resurgir vigoroso a impulso de esta tremenda crisis de la historia, que no sólo va a modificar las fronteras de los pueblos, sino que alterará también las demarcaciones espirituales, los principios y tendencias de la civilización presente.

*La guerra.*— ¡Cuán grande ha sido la sorpresa producida por esta guerra! A muchos les parecía absolutamente imposible. Observaban que las relaciones internacionales iban aumentando, que se iba extendiendo una solidaridad cada vez más positiva, lo mismo económica que intelectual, entre todos los pueblos. Podía decirse que las naciones, desbordándose por encima de sus fronteras, adquirían conciencia cada vez más plena de su unidad, de la fraternidad entre los hombres.

La guerra ha venido a romper toda colaboración científica y moral: la ha interrumpido brutalmente. Pocas cosas habrá a este propósito tan interesantes como un artículo publicado hace ya muchos meses en la hoja semanal de la *Frankfurter Zeitung* (1). Lo firma un profesor alemán, el Dr. Hamann, de Marburgo.

Se refiere a la catedral de Reims. A primera vista parece que el autor no pretende otra cosa que justificar a su ejército y a su nación. Echa la culpa a los franceses por no haber mantenido ajeno a toda

operación o uso militar aquel monumento único e irremplazable. Pero salvada esta dificultad, dedica el autor un homenaje tan sincero, no sólo a la catedral francesa, sino a todo el arte francés, y evoca con tanta emoción los estudios e investigaciones eruditas que, con sentido ampliamente humano, se venían haciendo por encima de las fronteras y de las rivalidades nacionales, que el escrito del profesor Hamann ofrece, acaso sin proponérselo, el contraste más conmovedor con los estragos y los horrores de la guerra.

Enumera los trabajos científicos de los críticos y arqueólogos, sus compatriotas, quienes «demostraron que era preciso buscar en Francia los orígenes del gótico alemán». «Sin envidia, enamorados de la belleza, reconocíamos la superioridad del gótico francés».

Y prosigue desarrollando este mismo tema: La catedral de Colonia es «una sucesora inmediata de la de Amiens». Los modelos de las más admirables esculturas medioevales de Alemania se encuentran en Chartres y en la misma Reims. La catedral de Magdeburgo muestra la influencia francesa en el arte románico alemán. Hasta lo más propio y castizo, «el estilo renano de transición», está más o menos inspirado en los monumentos de Anjou, Poitou, en el Sudoeste francés.

Ni los mismos franceses han estudiado su arte con más profundidad y amor que Dehio o Bezoldt, o que Guillermo Vögue, cuya obra acerca de la catedral de Reims se esperaba con tanta impaciencia.

De él son las siguientes palabras, «hoy doblemente memorables», sobre las estatuas de Reims: «¡No se deje que la humedad y el viento destruyan esos valiosos testimonios de la historia del arte francés!»

Recuerda luego el profesor Hamann los nombres de sus colegas y discípulos, los sabios, los arqueólogos, los admiradores de la cultura artística francesa, que se encuentran en el campo de batalla. ¿Cómo reaccionarán, qué pensarán — añadimos nosotros — esos espíritus selectos, afinados por el saber y por la estética, ante la horrenda tragedia de la invasión y de la

(1) Correspondiente al 29 de Setiembre de 1914.

lucha, con las que tanto sufre ese mismo suelo de la hermosa Francia, cubierto de tesoros del arte, relicarios de la historia?

En la guerra se hallan Ernesto Gall, «uno de los que mejor conocen a Francia», admirador del gótico de Normandía; Pinder, otro apasionado del arte normando; el conde Vitztum, el primer especialista en el estudio de las miniaturas francesas; el doctor Jantzen, *Privatdozent* en la Universidad de Halle, quien ahora «quizás tiemble, no sólo por las estatuas de las grandes catedrales de Francia, sino por cada piedra de sus iglesias de aldea», que como nadie ha recorrido y estudiado.

¿Dónde estarán ahora esos hombres de gabinete y de aula, habituaños a las exquisiteces ideales, a los más delicados matices de la moderna civilización? Asusta pensar que esos hombres se encontrarán hundidos en alguna trinchera, con las manos febriles, la ropa empapada de sangre, los pies hinchados, la faz contraída. ¿Qué pensarán cuando venga la noche e inclinen, meditabundos, la cabeza sobre el fango del parapeto?

Me he entretenido recordando este artículo, porque me parece que encierra en el fondo, acaso sin sospecharlo, la más dolorosa protesta contra la guerra. Se ve palpablemente cómo la guerra es la negación de todos los principios modernos, la negación de todos los valores que la civilización ha creado.

No es necesario insistir sobre el horror de la guerra: ni es necesario ni eficaz. Nos hemos endurecido completamente a estas impresiones.

¿Qué se nos puede decir que nos conmueva, a nosotros que nos vamos ya acostumbrando a leer distraídamente el periódico, en la tranquila intimidad familiar, pasando la vista rápida sobre las noticias de bombardeos, de fusilamientos, de barcos hundidos, de combates violentos con miles de víctimas?

La guerra—¿quién lo duda?—, es el mayor de los males; la guerra es odio, barbarie, engaño, venganza; es perseguirse los hombres bajo tierra, y en el mar, y por el aire, sobre las nubes de polvo y los ga-

ses venenosos; es la destrucción de aquellos monumentos, maravillas del arte, y la ruina de otros tesoros mucho más valiosos, tesoros de bondad y de piedad que el paso de los siglos había ido labrando en lo hondo del espíritu humano.

*Heroísmo.*— Todo esto es verdad: evidente, abrumadora verdad. Pero ¿cómo negar, si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, cómo negar que tenemos la impresión de que esta guerra, como una enorme tempestad, ha de purificar la atmósfera de Europa? ¿Puede, lealmente, sostenerse que las naciones hoy beligerantes se han envilecido, se han corrompido, se han degradado por el hecho de la guerra?

Leamos las cartas que de ellas recibimos, oigamos las voces que llegan de los frentes de batalla. Hablan en un tono de energía, de abnegación, de idealismo, al que por desgracia no estábamos acostumbrados. Los pueblos en lucha afirman y reconocen, cada uno por su parte, que ahora descubren en el alma nacional virtudes y fuerzas morales que no habían sospechado hasta que la guerra ha venido a suscitarlas. ¿Cómo negar, pues, que la guerra, a pesar de todo, pone en tensión las mayores energías y eleva a las almas hacia las cumbres del heroísmo?

Siempre hubo héroes, siempre los hay, en paz y en guerra; siempre hay individualidades superiores, aisladas, capaces de sacrificio, dispuestas a arrostrar la muerte en un laboratorio o en un hospital. Pero ¡la masa!, la masa humana que vive una vida ramplona, mediocre, enfocada hacia los intereses y los placeres inmediatos; ésa, hasta hoy, sólo en la guerra siente pasar sobre las frentes vientos de heroísmo.

Pensemos en el hombre vulgar, en el hombre de tipo medio. Veámoslo, en los países beligerantes, abandonar su trabajo, olvidar a su familia, sus intereses, sus comodidades, y correr al campo de batalla para entregar esa misma vida, que antes cuidaba con tanto regalo y tanto egoísmo.

No sólo el hombre. A su lado está la mujer, sustituyéndole en las ocupaciones y reemplazándole en los empleos que deja

vacantes, educando a los hijos en ese amor exaltado a la patria, como si no contenta con haber sacrificado una generación, preparara estoicamente el sacrificio de otra; soportando con admirable entereza la pérdida de los seres más queridos; mitigando en los hospitales los sufrimientos y amarguras y cayendo de rodillas, como una estatua del dolor humano, junto al lecho de los moribundos.

No quisiera que mis palabras fuesen mal interpretadas. Pienso que la guerra, ya lo he dicho, es esencialmente mala. Se basa en el odio, en la incomprensión de unos pueblos con respecto a los otros. La guerra destruye aquel sentimiento de unidad humana, comunidad universal que a todo espíritu moderno le hacía recordar las palabras de Marco Aurelio: Yo tengo dos patrias: como Antonino, Roma; como hombre, el mundo.

Pero creo también que mientras la humanidad arrastre habitualmente una vida mezquina, baja, oscura, y sea la guerra la que viene a sacarla de ese marasmo; mientras sean los marciales clarines los que representen el llamamiento al heroísmo, la guerra será inevitable, la guerra será necesaria, porque sin heroísmo la humanidad no puede vivir.

*Las cumbres.*—En los comienzos de la guerra, un Ministro inglés muy popular, nada militarista, pronunció un discurso famoso, que casi todos habréis leído, y que termina con estas frases: «¿Puedo decirlos en una sencilla parábola lo que pienso que la guerra significa? Conozco un valle en Gales, entre las montañas y el mar. Es un hermoso valle, abrigado, cómodo, defendido por los montes de todos los vientos desagradables. Pero es muy enervante, y recuerdo que los muchachos tenían la costumbre de subir a la colina que domina la aldea, para contemplar las grandes montañas en la lejanía y para sentirse estimulados y refrescados por las brisas que bajaban de las cumbres y por el espectáculo de su grandeza. Durante generaciones hemos estado viviendo en un valle cerrado. Hemos sido demasiado cómodos, demasiado indulgentes, muchos quizás dema-

siado egoístas, hasta que la ruda mano de destino nos ha castigado elevándonos a una altura donde podemos ver las grandes cosas eternas que importan a una nación, los grandes picos que habíamos olvidado: el Honor, el Deber, el Patriotismo, y envuelta en un blanco deslumbrante, la gran cima del Sacrificio señalando al cielo como un dedo rugoso. Descenderemos de nuevo al valle; pero en tanto vivan los hombres y mujeres de esta generación, llevarán en sus corazones la imagen de esas altas cumbres, cuyos fundamentos no se han conmovido, aunque Europa oscila y se tambalea en las convulsiones de una gran guerra.»

Mientras eso pueda decirse, y pueda decirse con fundamento (1), la humanidad, que, aunque no lo parezca, ama el sacrificio, buscará esa cima entre las tempestades bélicas, y mucho me temo, mucho, que la guerra no desaparezca.

Es preciso, cualquiera que sea el camino, llegar a esas altas cumbres. Ciertamente hay otras sendas que no son las del odio y la hostilidad; hay los caminos del conocimiento y del amor. Pero sería preciso enseñar esos caminos a la juventud y a la humanidad, hallando un tipo de educación heroica, de vida heroica, que canali-

(1) Lo mismo en Inglaterra que en las demás naciones. He aquí, para Alemania, unas palabras de Sudermann en el prólogo a un volumen de obras dramáticas escrito con fecha de 11 de Agosto de 1914, y reproducido por varios periódicos:

«La paz había hecho de los hombres una muchedumbre odiosa. Hombres y partidos luchaban ferozmente unos contra otros, y pasar por encima de cadáveres era casi como ir de paseo. Los ricos hacían mal uso del dinero. La religión del Yo era la dominante, y su mensajera, un profeta. La sagrada verdad del poeta se había nublado, y los artistas llegaban a la fama merced a la bufonería. Las muchachas, en la calle, prestaban fácilmente atención a cualquiera, y el adulterio parecía un pasatiempo. Así eran los alemanes. ¿Qué son ahora? Ahora están ungidos por el Señor, y cada hombre armado caballero se halla pronto a morir. Ya no hay ricos ni pobres; desaparecidas clases y castas, todos son iguales en fuerza, y aun creen en Dios. Son hermanos y hermanas, unidos en el espíritu, unidos en la carne, dados ayer a los frívolos galanteos, castos hoy de ojos y de corazón. Desaparecida la discordia, la envidia calla; de todas las venas quiere verterse la sangre. Sólo alienta el deseo de sacrificar lo que se es y lo que se ama, y vivir tres veces para poder vivir otras tres. Un milagro ha acaecido. Lo ha hecho el peligro.»

zara en el sentido de las obras de la paz todo el inmenso caudal de energías y entusiasmos que hoy se pierde en los horrores de la guerra.

Sería preciso suscitar el advenimiento de una generación de héroes, capaz de luchar abnegadamente con el mismo ardor inextinguible que si los enemigos estuviesen dentro del suelo nacional, mientras en él hubiera una mejora que realizar, una obra de cultura que promover, una lágrima que enjugar, una iniquidad que reparar; porque la injusticia y la ignorancia son enemigos que infestan y deshonran el suelo de la patria.

Estoy convencido de que contra la guerra no serán eficaces las reflexiones de un pacifismo blando que presente frente a ella, como ideal, una existencia fácil, cómoda y estrechamente utilitaria. La guerra no será vencida sino por algo más fuerte que la guerra.

Cumple principalmente a la juventud abrir los caminos de ese nuevo pacifismo heroico. La juventud, entrando en la vida, resuelta, generosa, inflamada de ideales, escucha, como si a ella fueran dirigidas, aquellas palabras que el poeta Tennyson consagra a los caballeros del Rey Arturo: ¡Legión gloriosa, flor de la humanidad!, ¡nacida para servir de ejemplo a los poderosos y ser el principio puro de una época nueva!

Tiene la juventud española deberes muy especiales, deberes muy urgentes que cumplir. España está en paz; afortunadamente, está en paz. ¡Ojalá lo esté siempre! Pero no nos envanezcamos demasiado, ni miremos por ello a las naciones que hoy se encuentran en guerra, con aires de conmisericordia y de superioridad, menos aún de desdén y de burla. ¡Ah!, estas naciones que en la férrea escuela de la guerra se están educando y purificando, constituyen para nosotros una advertencia, quizá un peligro. Tendremos que vivir mañana, jóvenes españoles, rodeados de pueblos que, en la lucha, habrán elevado hasta el último límite sus virtudes y su patriotismo. Preciso es que nosotros, aprovechando previamente la paz de que gozamos, nos

esforcemos en trabajar como si estuviéramos en guerra, con la misma fe, con la misma constancia, con la misma idealidad, con el mismo espíritu de abnegación y de heroísmo que si estuviéramos en guerra, fomentando la riqueza y la cultura del país, haciendo una España nueva que pueda incorporarse mañana a esa nueva Europa, cuyos cimientos, amasados con sangre, se están ahora echando a lo largo de las trincheras.

Y así como esos pueblos beligerantes, por encima de sus sectas y partidos, han establecido una unión sagrada, establezcamos también nosotros la unión sagrada de las voluntades y los corazones, sin renegar de las cosas que nos dividen, que deben dividirnos, pero reconociendo que más altas que esas tendencias individuales o de grupo, están aquellos grandes principios y sentimientos en que todos podemos encontrarnos y coincidir.

Creedme, nunca los hombres de una misma generación, de una misma tierra, son tan distintos unos de otros como quizás ellos mismos se figuran. Viéndolos desde lejos, la posteridad proyecta luego sobre todos una nota común, un carácter común. Anticipémonos nosotros a la conciencia de esta comunidad: trabajemos unidos, no porque cesen nuestras polémicas, que son necesarias, que son tal vez santas, sino porque sobre ellas formemos entre todos un noble ambiente de concordia nacional, colaborando unánimes, con espíritu de transigencia y de tolerancia, a la reconstitución de nuestro país y a la renovación de la cultura española.

---

LA PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL Y EL MAESTRO (1)  
por el profesor D. Juan Vicente Viqueira.  
(Continuación.)

## V

### Sentimiento. — Voluntad. — Atención.

1. *Característica general.* — Hasta ahora nos hemos dirigido al aspecto objetivo de la conciencia, a aquellos fenómenos

---

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

que se refieren inmediatamente al objeto.

Pero la conciencia no es sólo un percibir, recordar, imaginar, pensar objetos. Hay también un aspecto subjetivo de la conciencia. De éste vamos a ocuparnos ahora. El sentimiento no es algo referente a un objeto, sino asunto mío. Es una reacción ante el objeto y las relaciones de los objetos que se me presentan. Cuando yo obro, es porque siento que he de hacerlo y en virtud de un fin que conozco. La voluntad es, pues, la unidad suprema de la conciencia donde se integran sus dos aspectos. La atención es un aspecto de este proceso volitivo general. Así, pues, si agrupamos los fenómenos que vamos a estudiar, es porque todos ellos incluyen la conciencia del Yo claramente, de un modo o de otro.

2. *El Yo.*—Ya que el sentimiento, la voluntad y la atención, y en el fondo la vida mental entera, no pueden explicarse sin su subjetividad, sin su relación con el Yo, es preciso indicar qué es este Yo.

Se debe, ante todo, distinguir el Yo de la *personalidad*. Sin un Yo no hay una personalidad psicológica; pero la personalidad excede del Yo. Una persona consta de su cuerpo, de toda su vida pasada. El Yo es el supuesto de todo ello, sin ser nada de ello. Podemos considerarlo como la *experiencia*, que acompaña a todo fenómeno de conciencia; de su pertenencia a un sujeto que es lo mismo que su esencia de consciente. Así, el Yo es una *coloración fundamental* de la vida del espíritu, o también la conciencia es la evolución del Yo.

Se ha querido derivar el Yo, siguiendo el interés genético predominante en Psicología, de otros contenidos que se consideraban como los últimos elementos de la vida mental. Para unos, los elementos que constituían el Yo eran aquellos que suelen designarse por los psicólogos como *cenestesia* (sensibilidad general del organismo o sean las sensaciones orgánicas y los sentimientos que surgen con ellas). Y se ha dado unas veces importancia al complejo total (Ribot); otras, sólo a las sensaciones (d'Altonnes), o sólo a los sentimientos (Janet). Para otros, el Yo es ante todo sentimiento;

pero no en el sentido anterior, sino sentimiento de actividad (Th. Lipps). Mas tales derivaciones son imposibles, porque, como es evidente, todos los dichos fenómenos de que se quiere derivar el Yo, es un hecho de conciencia que le suponen. El hambre es mía; la actividad es mía; el dolor de mi cuerpo es mío. Si la génesis del Yo es imposible, no sucede así con la de la personalidad. Es éste un producto de toda nuestra vida. Algo interesante para los pedagogos. Lo que sigue, que ha servido de base a las anteriores teorías del Yo, nos lo probará.

El Yo parece un último, irreductible, simple dato de conciencia. Sin embargo, hay ciertos casos anómalos en que, según algunos, nos hallamos ante una descomposición del Yo. Es preciso brevemente examinar estos casos, para ver que no son alteraciones del Yo, sino alteraciones de la personalidad. Los casos a que nos referimos son: las alteraciones de la personalidad y los desdoblamientos de la personalidad.

A) *Alteraciones de la personalidad.*—En ciertos casos patológicos, los individuos pierden, según confiesan, la noción del peso de su cuerpo, de la impresión, de resistencia, de la necesidad de comer, de beber, etc. La imagen propia en el espejo les causa una impresión de extrañeza. Recurriendo a la distinción del Yo y de la personalidad, se explican fácilmente estos casos. Por un lado, se trata de pérdidas de sensaciones y de sentimientos importantes para la formación de la personalidad. Por otro, se desune el complejo de representaciones que integran nuestra personalidad (la imagen propia). El Yo permanece intacto, puesto que los enfermos mantienen no ser pesados *ellos*, no tener hambre cada uno de ellos, etc.

B) *Desdoblamientos de la personalidad.*—Consisten en el extraño fenómeno que un individuo, una persona, ya sucesivamente, ya simultáneamente, aparece como doble.

a) *Desdoblamiento sucesivo.*—Pertenecen estos fenómenos al grupo de las perturbaciones de la memoria. Consisten

en que un individuo, después de un síncope o de un período de inconsciencia, cambia de modo de ser y refiere a su persona hechos que nada tienen que ver con su persona histórica. El caso más célebre es el de Felida X, descrito por el Dr. Azam, de Burdeos. Este sujeto tenía dos personalidades, que se sucedían alternativamente. A los 16 años salió de su primera personalidad y entró en la segunda. Más tarde, cayó de nuevo en el primer estado. Y este cambio de estado se reprodujo varias veces durante su vida. En el estado segundo recordaba el estado primero y segundo; en el estado primero recordaba sólo lo sucedido en el estado primero. En este caso se produce, pues, un defecto de la memoria; en el estado primero sólo se recuerda una limitada parte de la *vida personal*.

b) *Desdoblamiento simultáneos de la personalidad o autoscopias*.—Estos fenómenos pertenecen al grupo de las alucinaciones. He aquí en qué consisten. Un sujeto fatigado o en otra situación anormal, se ve a sí mismo en una posición acostumbrada y que le ha preocupado durante este tiempo intensamente. El que está en un determinado sitio, se ve en otro. El uno se ve en dos formas. De aquí el malestar que acompaña este fenómeno.

En estos casos se podría creer ver un verdadero desdoblamiento del Yo. Sin embargo, sólo hay en ellos un profundo desdoblamiento de la *persona*. El que padece la autoscopia está aquí y allí. Es, pues, un Yo con dos cuerpos. Los elementos que constituyen la persona y que se han ido asociando, pueden disgregarse por una perturbación morbosa.

Como conclusión, y teniendo en cuenta la distinción entre Yo y personalidad, consideramos el Yo o conciencia del Yo o autoconciencia, como originaria e irreductible. El Yo es el que fundamenta la unidad de la conciencia y la unidad que constituye la persona.

El punto de vista que aquí mantenemos, fué expuesto de un modo análogo por el gran psicólogo norteamericano W. James. (Véase su obra *Precis de Psychologie*, páginas 227-277. París, 1915.)

## Sentimiento.

1. *Característica del sentimiento*.—El sentimiento se presenta en la conciencia como una posición, un estado, una modificación del Yo frente a los fenómenos representativos y sus relaciones, que se hallan ligados inmediatamente con el objeto. Que es un estado del Yo y no un algo presente al Yo (contra la afirmación del intelectualismo), bien se pone de relieve en el lenguaje. Decimos: yo estoy triste o yo soy triste, según permanezcamos o no duraderamente en el estado de tristeza; y no yo soy verde, sino tengo el verde ante mí.

2. *Clases de sentimientos simples*.—Los sentimientos se dan por pares de opuestos; es decir, que cada sentimiento tiene su contrario. Es esto un hecho. Pero la Psicología no puede decir aún cuántos pares de sentimientos hay. Los sentimientos, que generalmente nombramos *simpáticos*, religiosos, morales, estéticos... son, como un análisis lo muestra, complejo de afectos (emociones). Sería, pues, de gran interés hallar los sentimientos elementales y la ley de su composición. Pero el análisis es difícil, pues los sentimientos se funden muy íntimamente.

Tradicionalmente, se consideran como los únicos sentimientos simples el placer y el dolor, que forman un par de contrarios. El psicólogo alemán W. Wundt ha pensado, con razón, que este par es insuficiente y que en la conciencia hay sentimientos que no pueden reducirse a los dos que lo forman. Así, cree que existen dos pares más: excitación depresión y tensión-alivio. Los sentimientos de un par se excluyen entre sí y se refuerzan por contraste. Con esta excepción, los otros se combinan, dando lugar a los complejos afectivos (emociones). Es importante que Wundt considere que, dentro de cada uno de los miembros de los pares, no es un sentimiento único, sino un grupo de sentimientos cualitativamente diversos.

Puesto que el sentimiento es una reacción del sujeto, un estado ante la vida representativa, la razón de su diversidad es-

tará en la vida representativa misma. Así, el placer y el dolor, la excitación y la depresión, dependen de los elementos de la vida representativa; la tensión y el alivio, del curso de nuestros procesos representativos. No parece preciso admitir más pares de sentimientos, como pretende Th. Lipps.

La reducción a elementos de los procesos afectivos no está aún hecha, ni parece hoy día fácil. Por esto, interesándonos ahora los grandes complejos afectivos, nos ocuparemos de ellos tal como se presentan en lo que sigue, y hablaremos de sentimientos estéticos, religiosos, etc.

3. *Fenómenos fisiológicos que acompañan a los sentimientos.*—Los sentimientos van acompañados de alteraciones del funcionamiento de nuestro organismo fisiológico. Estas alteraciones son contracciones de ciertos músculos, por ejemplo, de la cara, alteraciones de secreciones, de las lágrimas, del sudor, y alteraciones de la respiración y la circulación. Las dos últimas son las más importantes, y para registrarlas tenemos determinados aparatos. Para inscribir los movimientos respiratorios, se usa el pneumógrafo o aparato inscriptor de la respiración. Este aparato consiste en una cápsula de metal, que va cubierta por una fina membrana de caucho, y está montada en una armadura de metal, que lleva en la parte inferior una placa de forma rectangular, que, mediante una cinta, se sujeta sobre el pecho. Por medio de una palanca, la placa mueve, al moverse el pecho, la membrana de la cápsula; es decir, que el volumen de ésta se hace mayor o menor. El pneumógrafo se une por medio de un tubo de goma con una cápsula inscriptora de Marey. Es esta una cápsula cubierta con una fina membrana de caucho sobre la que, mediante una armadura de metal, se fija una palanquita inscriptora. A cada cambio de volumen de la cápsula, la palanca se mueve e inscribe. Así, cada vez que el volumen cambia en el pneumógrafo, cambia de un modo igual en la cápsula de Marey, y se inscriben los movimientos respiratorios. Para las alteraciones de la circulación se usa el esfigmógrafo o inscriptor del pulso, y el cardiógrafo o aparato

inscriptor del movimiento del corazón, ambos contruídos de un modo análogo al pneumógrafo, y con más provecho aún el pletismógrafo o aparato inscriptor de las alteraciones del volumen del brazo, debidas a los cambios en la circulación de la sangre. Este aparato consta, en lo general, de un cilindro de vidrio, donde se introduce el brazo, y que comunica con un pistón inscriptor. Es éste un pistón que cada vez que el agua se ve impulsada por el aumento de volumen del brazo hacia él, mueve una palanca inscriptora que lleva sujeta en una armadura de metal. El inventor del pletismógrafo es el célebre científico italiano Mosso.

Según W. Wundt, corresponden a cada uno de los sentimientos simples determinadas alteraciones de la respiración y de la circulación, que pueden emplearse para el análisis de los sentimientos complejos.

4. *La teoría fisiológica del sentimiento.*—Algunos psicólogos (James, Lange) han creído que los sentimientos eran sólo la percepción en la conciencia, el darse cuenta de los fenómenos fisiológicos que antes hemos dicho que los acompañan. Una percepción, según la opinión corriente, despierta un sentimiento, y éste se *expresa* en nuestro organismo. Según estos psicólogos, una percepción despierta una modificación en el organismo, y al *llegar* ésta a la conciencia, surge la emoción. Así, dice James, que estamos tristes porque lloramos, y no lloramos porque estamos tristes. Este punto de vista no está justificado, pues no tiene en cuenta la diferencia esencial que existe entre los fenómenos afectivos y representativos de la conciencia, y en ella se considera el sentimiento como una determinada clase de sensaciones orgánicas. Además, las expresiones fisiológicas del sentimiento siguen a éste, no le preceden. Otra cosa es que la *expresión fisiológica* repercuta sobre el sentimiento, interviniendo en su curso (Wundt).

5. *El método estadístico. La evolución del sentimiento en el niño.*—Además de los métodos experimentales, se ha empleado para estudiar el desarrollo de los

sentimientos el llamado método estadístico. Pero no es éste un método nuevo, sino simplemente una forma de la observación. La estadística, el contar y expresar por un número las cosas observadas, no es más que un medio de fijar, de determinar el valor o el alcance de la observación. Así se hace la observación más exacta.

Indicaremos ahora los resultados de las investigaciones acerca de la evolución de los sentimientos estéticos, altruistas y religiosos. Notas del sentimiento infantil son la inestabilidad y la facilidad de sugestión de estados afectivos.

A) *Sentimientos estéticos.*—Con el auxilio del experimento se han investigado la característica y la evolución de los sentimientos estéticos. Las investigaciones se han hecho acerca de la preferencia de los colores y sus combinaciones, acerca del gusto estético y su educación.

1. En cuanto a la preferencia de los colores y sus combinaciones, da Meumann, como resultado de sus experimentos, que los colores favoritos de los niños son: el azul, el rojo y el amarillo. Engelsperger halló como tales: lila, púrpura, azul oscuro, violeta. Aars encontró que los niños preferían el azul. Las combinaciones más agradables son las de colores que se aproximan al contraste máximo. Según Meumann, el sentido del color en las niñas es superior al de los niños, que tienen más capacidad para la apreciación estética de la forma.

2. *Gusto estético y su educación.*—Se han investigado frecuentemente en los últimos tiempos los sentimientos estéticos que las láminas despiertan en los niños. Esta investigación no sólo tiene importancia para el empleo de las debidas láminas para los niños en la escuela, sino que permiten penetrar en la estética pictórica infantil. Como tipo de estos experimentos, pueden servir los siguientes, hechos bajo la dirección de Meumann. Se enseñaron a personas de 7 a 18 años dos láminas en color. La una representaba un paisaje, la otra un astillero. La primera ofrecía, no un interés de contenido, sino meramente estético; la segunda, un interés de contenido. Resultó

de estos experimentos que los niños se interesaban sólo por el contenido, no por la forma; por lo que estaba representado, no por el modo de estar representado. Pero con el aumento de la edad, el juicio cambiaba poco a poco, y la lámina que representaba el paisaje era preferida a la que representaba el astillero. Estos resultados han sido confirmados por las numerosas investigaciones análogas sobre este punto. El juicio del niño es el mismo que el del hombre inculto. Lo cual es muy interesante, por indicar qué precisa es una educación estética y qué es eficaz. Educación que se logra en parte por el análisis de las obras de arte, en parte por el trabajo en aquellas disciplinas técnicas que favorecen el desarrollo de los elementos de la obra artística, como el dibujo.

Las investigaciones más importantes sobre la educación del sentido estético para la pintura han sido hechas por Dehwing. Se presentaban con este fin láminas a individuos de diferente edad y se les hacía juzgarlas. Después de un cierto tiempo se probaba el efecto de esta educación estética en nuevas láminas. De los resultados, es lo esencial lo que sigue:

a) Un influjo con éxito de la sensibilidad estética sólo es posible después de los 13 años. Después de esta edad aparecen las primeras apreciaciones independientes de la obra de arte en conjunto. Desde los 16 años se puede, mediante la educación, lograr siempre esta apreciación.

b) Esto depende de la disposición general del individuo (de la producción escolar).

c) No hay diferencias condicionadas por el sexo.

d) Desde los 13 años se distinguen con seguridad obras de valor estético de obras que no lo tienen.

e) La inteligencia para la obra de arte se conserva después de los 10 años. Antes de los 10 años conserva su valor estético, quizá el color, y en lo restante, caen los niños de nuevo fácilmente en la consideración de las imágenes como meras representaciones de objetos.

B) *Sentimientos altruistas.*—Existen

para los primeros años de la niñez abundantes notas sobre estos sentimientos. Preyer dice que su hijo lloró a los 27 meses al ver recortar figuras de hombres y animales. Baldwin indica que su hijo lloró a los 22 meses al ver a su ama triste. Darwin indica en su hijo un caso de compasión a los 6 meses y 11 días. Sully, a los 9 meses y medio. Empleando la estadística ha sido hecho por Boeck un trabajo, del que tomamos el siguiente cuadro:

AÑOS	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Casos de compasión.	3	66	95	91	93	60	41	28	37	25	19	10

Resulta de este cuadro que: a), la compasión comienza ya en el primer año de la vida y que en el segundo es ya muy frecuente. b), que el máximo de casos se halla entre el segundo y el séptimo año, y que desde éste disminuye constantemente. El niño se endurece. He aquí los objetos que despiertan compasión y su frecuencia:

Seres humanos.....	358
Madre.....	74
Padre.....	23
Hermanos.....	86
Criados.....	13
Abuelos.....	4
Tíos.....	2
Animales.....	207
Objetos inanimados.....	65

Estos datos nos muestran cuán originaria, qué espontánea es la simpatía en el hombre y cómo se extiende capitalmente a aquello que nos rodea y con que convivimos. Cuanto más amplios nuestros horizontes, más amplia nuestra simpatía.

c) *Sentimientos religiosos.*—Las investigaciones acerca de este asunto muestran la incapacidad del niño para la comprensión de la parte teológica de una religión cualquiera. En cambio, parece que los sentimientos religiosos aparecen ya pronto en el niño en la forma de sumisión, de dependencia. Un profesor americano Edwin D. Starbuck ha hecho un trabajo estadístico acerca de las conversiones religiosas. Le interesaban éstas, porque en ellas, los

sentimientos religiosos alcanzan, en general, su máximo. Entiende aquí por conversión el sentirse atraído a una religión cualquiera. El número de casos reunidos fué de 1.265. He aquí el cuadro que muestra la relación de la edad y la frecuencia de las conversiones y de la pubertad.

EDAD	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22
Mujeres.														
Conversiones...	3	3	6	8	16	9	12	15	8	10	7	9	1	2
Pubertad.....	1	1	7	9	27	39	22	6	5	2	0	0	0	0
Hombres.														
Conversiones...	0	3	4	6	5	6	11	12	16	13	5	6	4	4
Pubertad.....	0	0	0	3	11	23	17	9	11	15	1	3	3	0

Las conversiones caen, pues, en una época de agitación afectiva y de crisis. El cuadro siguiente nos muestra lo compleja que es la que llamamos vida religiosa, y arroja luz sobre la vida religiosa del adolescente, como lo prueba el cuadro de los motivos de las conversiones que ahora sigue. Starbuck cree que la época de las conversiones es una época de reflexión que sigue al desarrollo sensorial completo del individuo. He aquí el cuadro:

Motivos de la conversión.	Mujeres. Por 100	Hombres Por 100.
1. Temor de la muerte o el infierno.....	14	14
2. Otros motivos egocéntricos.....	5	7
3. Motivos altruistas .. .	6	4
4. Aspiración a un ideal ético	15	20
5. Remordimientos de conciencia.....	15	18
6. Práctica de doctrina determinada.....	11	8
7. Ejemplo, imitación.....	14	12
8. Presión social, imposición.....	20	17
Suma de 1 y 2. Motivos egocéntricos .. .	19	21
Idem de 3 a 4. Motivos ideales, altruistas.....	21	24
Idem de 1 a 5. Fuerzas subjetivas.....	55	63
Idem de 6 a 7. Fuerzas objetivas .. .	45	37

## LA ORNAMENTACIÓN FLORAL DE LA ESCUELA (1)

Se ha disertado frecuente y extensamente sobre la ornamentación artística de las clases, sobre las láminas murales escolares y sobre las ventajas de su organización sistemática.

Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que el cuidado por realizar la belleza en la decoración de los locales escolares, sólo puede producir resultados felices.

En arte, como en todas las demás cosas por lo demás, la lección del ejemplo es mil veces preferible a la de los preceptos.

El niño, sobre todo en sus primeros años, posee en el más alto grado *la facultad de acomodarse al medio en que vive*.

Si la sala en que habita está sucia y en desorden, allí vive indiferente y a gusto, y pronto llega a considerar la suciedad y el desorden como cosas naturales y normales.

Colocadle, por el contrario, en un local limpio, alegre, decorado con gusto; se adapta a tal medio, y habituado a ver lo bello, lo ama, lo busca naturalmente y experimenta una repulsión instintiva hacia la fealdad, bajo cualquier forma que se le presente.

La escuela puede, pues, solamente por su aspecto, por la limpieza, por el orden y el gusto del arreglo interior y de la decoración exterior, despertar y formar el sentido estético de los niños.

Presentando clases alegres, cuyo aspecto complazca la vista, se hace la estancia en la escuela agradable y se afina la sensibilidad de los alumnos; el gusto, el sentimiento del orden y de la armonía realizan entonces en ellos un trabajo de íntima penetración.

Corresponde, evidentemente, al maestro el completar este trabajo con una enseñanza metódica que tienda directamente a desarrollar en sus alumnos el gusto ilustrado por las cosas bellas...

(1) Extracto de unas instrucciones publicadas por el Ministerio de las Ciencias y de las Artes, de Bélgica, en Marzo de 1909, siendo Ministro el Barón Descamps.

La formación estética a que importa someter a los alumnos de nuestras escuelas primarias, es, pues, la que les permita reconocer, comprender y gustar la belleza, bajo cualquier forma que se les presente.

La emoción estética, por lo demás, no es provocada únicamente por la vista de ciertos espectáculos o por la audición de ciertos sonidos agradables; se produce también por visiones intelectuales que traspasan la esfera de las representaciones sensibles.

La acción de la escuela primaria debe tratar de conducir a los niños a que encuentren un gozo, del mismo modo que en la *belleza de orden material*, en la *belleza de orden intelectual y moral*.

De poco serviría llevar a cabo esta educación si se la había de considerar como un *objeto* independiente de la formación general.

El fin primero de la educación estética es, ciertamente, el goce experimentado al contemplar la belleza; pero este goce ejerce por sí mismo efectos marcados sobre las aspiraciones morales y actúa sobre la voluntad.

El arte dulcifica las costumbres privadas y públicas. Debe también concurrir, por su parte, a la grande obra de la educación moral, que tanto importa en la escuela primaria hacer marchar de consuno con la instrucción propiamente dicha.

Así comprendida, la formación estética en la escuela primaria no puede, pues, limitarse a afinar algunos órganos o a desarrollar algunas facultades; debe ejercerse sobre el cuerpo y el alma del niño, dando a cada una de sus facultades físicas y psíquicas un desarrollo armónico y completo.

Frecuentemente, será necesario comenzar la educación estética de nuestros alumnos por *gusto de la limpieza y del orden*. La belleza, ¿no es esencialmente *orden y armonía*?

¡Cuántos maestros se felicitarían, y con razón, de sus esfuerzos, si consiguieran obtener cuadernos escritos con limpieza,

líneas trazadas con cuidado, si sus alumnos tuviesen a gala el estar siempre limpios, se preocupasen de la limpieza de libros y cuadernos, cuidadosamente forrados, y de la de los pupitres y del suelo de la clase!

Las recomendaciones, la vigilancia y, sobre todo, el ejemplo del maestro, deben contribuir a alcanzar tal resultado.

Al maestro incumbe el cuidado de vigilar la limpieza del material escolar, la buena disposición de los pupitres, la confección metódica de los trabajos escritos en el encerado; en una palabra: él es quien debe arreglar en la clase todas las cosas, para que no hieran el buen gusto.

Se recomienda hoy mucho el uso de las láminas en la escuela y, sobre todo, se da importancia a los beneficios que resultarían de que los niños contemplasen constantemente reproducciones de cuadros de los grandes pintores.

Sin duda alguna, la presencia habitual de cuadros artísticos puede ejercer un influjo real sobre la formación del gusto, y es de desear que después de haber desterrado despiadadamente de las paredes y los libros clásicos grabados grotescos e insignificantes, que ciertos editores han intentado hacer penetrar en las escuelas, los maestros decoren sus clases con obras pictóricas verdaderamente artísticas, de comprensión proporcionada a la mentalidad de los niños.

Pero esta cuestión de las láminas escolares, como medio de educación estética, exige un desarrollo especial, que espero someter más adelante a la atención del personal docente.

Me parece más urgente hoy hacer notar a ese personal un medio de educación estética mucho más al alcance de las almas jóvenes; quiero hablar de la decoración floral de las clases y de los patios de las escuelas.

A los niños les gustan, naturalmente, las flores, y sus preferencias se manifiestan, siguiendo una ley fisiológica, hacia las más llamativas. ¿No es razonable aprovechar esta disposición natural para comenzar en ellos la formación del gusto?

Que el maestro cultive algunas flores en la clase misma, que disponga de un parterre en algún rincón del patio, que haga de la escuela la «casa de las flores», que se sirva de ellas como objeto de intuición en medio de las lecciones de cosas, así asegurará el gusto por las flores en el alma de sus discípulos.

Estos no revelarán de pronto un buen gusto claro; pero, poco a poco, si el maestro se dedica a hacer comparar los colores, si sabe distribuir con gusto los tonos diferentes en un parterre o en un ramo, si sabe hacer resaltar los matices, si por la elección y la disposición de las flores de la clase da a ésta un aspecto agradable, puede estar seguro de que las simpatías de los niños relegarán algún día los tonos agrios para aficionarse a la armonía de los colores.

Esta es la primera etapa que hay que recorrer.

Pero una vez franqueada, aparece un vasto horizonte; el maestro puede entonces insensiblemente iniciar a sus alumnos en la contemplación de la naturaleza.

La contemplación de la naturaleza; eso es lo que conviene a las miradas jóvenes.

Que el maestro, durante los paseos al campo, fije la atención de sus alumnos sobre los *colores* que se funden armónicamente en la naturaleza; que les haga observar los juegos de luz en el bosque; que haga resaltar los contrastes y las gradaciones de tonos; después, que de los colores pase a las *formas*, a los *movimientos* y a los *sonidos*; que haga fijar las miradas de su joven auditorio sobre el perfil de las montañas, los meandros de los arroyos, el curso del río; que se paren a escuchar la canción del viento; que observen el movimiento del sembrador, el ardor de los trabajadores; que haga contemplar un rincón del país, en donde analizará el lado pintoresco, y poco a poco, las almas infantiles se abrirán a las sanas emociones de lo bello.

Guiados así, los niños se acostumbrarán a *mirar* y a *ver*; sabrán *comparar*, y esta doble educación del ojo y del espíritu de observación servirá enormemente a su educación estética más completa.

Pero la educación estética no se debe limitar sólo a esta iniciación; los maestros deben realizar, en la posible medida, la obra que indico, mediante una interpretación juiciosa del programa de enseñanza primaria, porque el estudio de cada rama, por los sentimientos que ella despierta y el ideal de belleza moral que puede presentar, contribuirá eficazmente a esta educación.

A fin de poner al personal docente en condiciones de proceder con éxito a la ornamentación floral de las clases y de los patios escolares, he pedido al Ministro de Agricultura que hiciera confeccionar en su departamento un estudio que sirva de guía a nuestros maestros.

Accediendo a mi petición, el Ministro de Agricultura me ha enviado el texto de una nota sobre la jardinería de adorno en la escuela, revisada por el Sr. Marchandise, antiguo jefe de cultivos en el Jardín Botánico del Estado, en Bruselas actualmente inspector agregado al Ministerio del Interior y de Agricultura.

Tengo la satisfacción al comunicar hoy esta nota a los maestros y maestras de nuestras escuelas primarias, y después de leerlo, seguramente harán honor al saber profesional del especialista que lo escribió, y quedarán convencidos de la posibilidad de realizar a poco coste una ornamentación floral de buen gusto.

Quiero, sin embargo, ponerlos en guardia contra toda manía y toda exageración.

Sabido es que las prescripciones de la higiene escolar deben siempre anteponerse a las de la estética.

No estará bien inspirado el maestro que, con pretexto de la ornamentación, dispusiera en las ventanas plantas y flores que tuviesen por efecto ocultar la luz y hacer la clase sombría.

Una ornamentación semejante no es, en general, recomendable más que en las clases de iluminación bilateral, así como la ornamentación floral interior no debe hacerse sino en aquellas en que el alumbrado exiguo deje vacíos grandes espacios en

que se puedan colocar repisas para las plantas.

Si la sala de clase está iluminada por un solo lado, el maestro tratará de no poner sobre las ventanas más que plantas de escaso crecimiento, de modo que no obstruya la entrada de los rayos luminosos y permita hacer fácilmente la ventilación.

La exageración es más de temer, aun en lo que respecta al arreglo de los patios escolares.

Es cierto que la falta de verdor da a tales sitios un aspecto desolado; cierto que los arriates y macizos de flores dan una nota de alegría en esos sitios de aspecto severo. Pero no hay que perder de vista que los niños tienen necesidad, *ante todo*, de un sitio suficiente para dar libre curso a los «movimientos espontáneos», en los cuales gasta durante el recreo el exceso de vida acumulada en ellos durante las horas de inmovilidad.

Es, pues, necesario apropiarse la ornamentación a las condiciones locales y no usar en patios exiguos más que *plantas trepadoras*, que harán su papel de embellecimiento sin entorpecer los recreos de los escolares.

Espero que el personal docente sacará gran partido de la lectura de las páginas siguientes, y contando con su esclarecida devoción, estoy convencido de que la educación estética seguirá su obra lenta en el alma de los niños, abriendo así una vía cada vez más amplia a las alegres y reconfortantes emociones de lo bello.

#### EL CULTIVO DE LAS PLANTAS EN EL INTERIOR DE LAS CLASES

##### *Cuidados generales que exigen los cultivos de interior.*

Toda planta para subsistir necesita *alimento*, agua para trasportar ese alimento a todas las partes de su organismo, *luz*, *aire* y *calor*.

A cada una de estas exigencias corresponden cuidados especiales, que se refieren, respectivamente, a las operaciones siguientes: *trasplante*, *riego*, *iluminación*, *ventilación* y *calefacción*.

Las plantas que se empleen para la decoración interior de las clases tienen que resignarse a soportar el régimen más favorable para los escolares en lo que se refiere a la luz, al aire y al calor. Las especies que no puedan acomodarse a esto serán, pues, necesariamente excluidas, y vuestra elección se limitará a las menos caprichosas. No abusaréis, sin embargo, de las cualidades de éstas y os esforzaréis en darles el mayor bienestar posible mediante el riego y trasplantes beneficiosos. Les pondréis de cuando en cuando un poco de estiércol suplementario, y les quitaréis los insectos que pueden serles funestos, así como el polvo que altera el follaje; las guiaréis convenientemente.

I. *Trasplante*.—Esta operación importante comprende cuatro puntos esenciales: 1.º, *la elección de los tiestos*; 2.º, *la de la tierra*; 3.º, *el desagüe de los tiestos*; 4.º, *el trasplante propiamente dicho*.

1.º Es necesario que el tiesto nuevo no sea más que ligeramente mayor que el en que la planta estaba; no debe excederle sino en el espesor de un dedo todo lo más. Se escogerá lo más poroso posible, y no se usará hasta después de haberlo lavado interior y exteriormente. Rechazaréis inexorablemente los tiestos vidriados y los que están cubiertos de una capa de pintura.

2.º La tierra formada por la descomposición de los restos orgánicos, hojas, ramas, hierbas, etc., que en un monte o en un bosquecillo constituye la capa superficial, conviene mucho para el cultivo de gran número de plantas. Además, por la descomposición de hojas muertas, de los restos herbáceos del jardín o del estercolero, puede obtenerse en algunos meses una cantidad suficiente de tierra excelente.

3.º Insistimos particularmente sobre la necesidad de establecer bien el desagüe de los tiestos antes de usarlos. Si se descuida el hacerlo, se acumulará el agua en el fondo de los cacharros, la tierra se mantendrá como barro, el aire no penetrará ya en ellos, y en seguida se echarán a perder las plantas. Se hará ese desagüe, poniendo en el fondo de los tiestos una capa

de cenizas de hulla, una décima parte próximamente de la altura total del tiesto.

4.º ¿Cómo debe procederse al trasplante? En los casos más comunes, es decir, cuando se trata de tiestos de 0,12 y 0,15 metros de ancho, como con los geranios, heliotropos, helechos, etc., volved la planta sobre la mano, el tallo hacia abajo; dadle entonces un ligero golpe para hacerla salir del recipiente. Si las raíces cubren enteramente las paredes del terrón, trasplantadla; si no, esperad.

En ningún caso se debe proceder al trasplante cuando la vegetación está detenida; el momento más favorable es desde la mitad de Abril a mediados de Agosto.

Si la planta ha entrado en el período activo de su vegetación, contentaos con hacer desaparecer todas las raíces secas o empezadas a podrir rascando ligeramente el exterior del terrón. Metedla en seguida, así preparada, en un tiesto muy poco mayor y con buen desagüe. Tened cuidado de meterle tierra todo alrededor, apretándola bien con la mano o una lámina de madera hasta el fondo del tiesto. Regadla copiosamente en seguida.

Si, por el contrario, ella empieza a retoñar, como ocurre a la mayor parte de los tiestos a fin de Marzo, sacudid la mayor parte de la tierra vieja, quitadle todas las raíces secas, y después de esta limpieza, meted la planta en un tiesto del mismo diámetro o más pequeño. Más tarde, cuando haya entrado en el período activo de crecimiento y el tiesto resulte demasiado pequeño, la trasplantaréis como hemos dicho antes, teniendo cuidado siempre de dejar en la superficie un espacio libre, por lo menos de 0,01 metros de alto, a fin de que permita un riego conveniente.

II. *Riego*.—Es necesario ser muy meticuloso en el riego de las plantas. Estas sufren tanto por falta como por exceso de humedad. Mas vale, sin embargo, un riego escaso que demasiado frecuente. Se conoce que las plantas necesitan agua cuando se ponen lacias. Cuando no se ponen lacias (pues hay especies que no se ponen nunca, aun cuando necesitan agua), no hay que regarlas más que cuando la tierra se seca en

la superficie de los tiestos. No se debe proceder al riego todos los días ni una o varias veces por semana. Para hacerlo hay, no sólo que echar unas gotas de agua sobre la superficie de la tierra, sino llenar los tiestos. Como éstos tienen buen desagüe, el agua que se le haya puesto de más se marchará fácilmente, no conservando la tierra más que la cantidad que necesite. En ningún caso mantendréis ese exceso de agua en el fondo del cacharro que esté debajo del tiesto; menos aún volver a echarla sobre la tierra.

No emplead más que agua de lluvia, si es posible; es más aireada que el agua de beber, y no encierra tantos principios calcáreos, que a la mayor parte de las plantas no les convienen.

III. *Calefacción*.—Es necesario aislar los tiestos todo lo que se pueda del mármol helado de las ventanas. Se puede conseguir colocándolos sobre una plancha de madera o una capa espesa de cartón. Separad también las plantas de las bocanadas de aire caliente y seco que salen del radiador instalado debajo de la ventanería en la mayor parte de las clases. Para eso, basta con que la plancha exceda en muchos centímetros al apoyo de la ventana.

IV. *Iluminación*.—Una planta que no recibe la luz más que de un lado, dirige hacia ese lado sus órganos en vía de crecimiento. Tomará una forma nada graciosa, si no se le hace dar media vuelta una vez a la semana.

V. *Limpieza*.—Las hojas de la planta deben estar cuidadosamente limpias, o bien las regaréis fuertemente con agua de lluvia, o las lavaréis con ayuda de una esponja o de un pelotón de algodón, o aprovecharéis un día de lluvia para sacarlas al patio.

Después del riego, se forma a menudo en la superficie de los tiestos una capa más o menos dura, que importa romper, porque impide que penetre el aire hasta las raíces.

VI. *Abonos*.—Aunque la tierra empleada encierre muchas materias nutritivas, haréis un buen uso de alguno de los abonos suplementarios siguientes:

1.º El *nitrato de sosa*.—De Marzo a Abril, salpicar con él la superficie de los tiestos con una dosis de un dedal de coser en un vaso de 0,12 metros de diámetro; este abono conviene especialmente a las plantas de follaje ornamental, excepto a los helechos.

2.º El *hiperfosfato de cal*.—Echado en una dosis doble de la del nitrato de sosa, conviene mucho para los tiestos floridos.

3.º La *harina de ricino* (1).—Se administrará ya en la superficie de los tiestos o ya mezclado con la tierra en el momento del trasplante a la dosis de un vaso de licor para un tiesto de 0,10 metros de diámetro. Es bueno para todas las plantas.

4.º El *abono líquido* (2).—Adicionándole tres veces su volumen de agua, y echado de cuando en cuando en forma de riego, produce siempre buenos efectos, excepto en los helechos.

En lo que se refiere a estos abonos, es mejor echar poco de una vez y a menudo que usarlos pocas veces y en grandes dosis.

#### *Algunos medios de multiplicar las plantas.*

Siempre es útil poder multiplicar el número de sus tiestos.

Lo conseguiréis sin grandes dificultades con muchas especies, *sembrándolas, esquejándolas o dividiéndolas*.

I. *Siembra*.—Un cacharro de barro de 0,03 ó 0,10 metros de hondo por 0,30 metros de largo, o una caja análoga, agujereada en el fondo, un poco de tierra ligera, unos pedazos de cristal y... las semillas es cuanto se necesita.

Echen en el fondo del barreño una capa espesa de ceniza de hulla y llénelo de tierra arenosa hasta llegar a 0,01 ó 0,02 metros del borde superior. Amontonen lige-

(1) La harina de ricino está formada por las semillas molidas de esta planta. Es un abono nitrogenado, fosfórico y potásico de primer orden, como lo son por lo demás todos los que provienen de las semillas.

(2) Llamado también *abono flamenco, abono humano*. Para quitarle su olor desagradable, se le echa previamente, según el volumen, un puñado o dos de sulfato de hierro o yeso.

ramente la tierra, y viertan las semillas en pequeñas cantidades lo más uniformemente posible. Cuando los granos son muy finos, a fin de evitar una siembra demasiado espesa, mézclenlos con un poco de polvo. Un poco de tierra tamizada por encima, un riego ligero y una placa de cristal para cubrirlo todo; he ahí la siembra hecha en excelentes condiciones. Llevad así el cacharro o el cajón sobre el alféizar de la ventana, o si es en el verano, a la sombra en el patio; mantenedla en un sitio de suficiente fresco.

Cuando la mayor parte de los granos hayan salido, levantad ligeramente el cristal y quitadlo al cabo de 4 ó 5 días.

Todas las plantas sembradas no pueden vivir juntas en un mismo recipiente. Preparad uno o dos semejantes, en los cuales los repicaréis a 0,02 metros una de otra. Por último, cuando ellas se estorben aún más, trasplantadlas en tiestecillos de 0,05 a 0,06 metros de diámetro.

II. *Esquejado*.—Esquejar una planta es poner una yema o un fragmento de rama de esta planta en condiciones tales, que pueda echar raíces.

El momento más favorable para poner esquejes herbáceos es de fines de Abril a fin de Agosto.

¿Qué largo debe darse a un esqueje? Fijémonos, tomando como ejemplo, la extremidad herbácea de un brote de Fuchsia. Esta, en pleno crecimiento, tiene todo a lo largo grupos de dos hojas, en que las inferiores han alcanzado todo su desarrollo. Coged la extremidad de esa rama, aun herbácea, que tenga dos grupos de hojas que acaban de llegar a su desarrollo completo; cortad en seguida por debajo de las inferiores y quitad éstas lo más cerca posible de su soporte: el esqueje estará listo. Así hay que hacer con los heliotropos, el geranio, etc.

Si asoma algún botón en la punta del esqueje, quítese.

Así preparados los esquejes, deben plantarse en una tierra ligera. Coged tiestos de 0,10 a 0,12 metros de ancho; hacedle el drenaje hasta un tercio próximamente de su altura y llenadlo de una mezcla de tierra

y arena. Con el auxilio de un lápiz, plantad allí cuatro o cinco esquejes próximos al borde.

Al enterrarlos, hay que tener cuidado de meter en la tierra el esqueje hasta el punto de inserción de las primeras hojas y de apretar muy bien la tierra. Es necesario que el esqueje quede bien adherido al suelo; si no, será dudoso que prendan. Regad mucho en seguida y cubridlo con una campana de quesera, o sencillamente con un vaso de cerveza. Llevad el tiesto encima de una ventana a la sombra.

De cuando en cuando, quitaréis el vaho que se deposita dentro de la campana (de quesera o vaso), y mantendréis la tierra suficientemente fresca. Si todavía el follaje fuera muy largo, le recortaréis hasta un tercio o la mitad, tanto para ganar sitio como para reducir la transpiración. Si el número de esquejes es considerable, no usaréis seguramente más tiestos, sino que utilizaréis un cajón que arreglaréis de igual modo.

Cuando los esquejes hayan echado raíces, que lo notaréis, ya sea en su crecimiento o ya sacando uno de la tierra, los destaparéis, para ponerlos aisladamente en tiestos.

III. *División de los brotes*.—Este modo de propagación se emplea para multiplicar las plantas que dan numerosos vástagos en la base, como la aspidistra, el fanfugium, los helechos, etc.

No se puede emplear en invierno; escoged más bien fines de Marzo o el mes de Abril; seccionad finamente el tallo con un instrumento bien cortante, y después de haber limpiado bien los trozos de esos troncos, metedlos en los tiestos apropiados y regad.

(Continuará.)

## ENCICLOPEDIA

## TIPOS DE TIEMPO (1)

por el Prof. D. Nicolás Sama y Pérez,  
Meteorólogo del Observatorio Central.

En la meteorología sinóptica se establece como regla general, que los elementos que constituyen el *tiempo*, malo o bueno, lluvioso o de cielo despejado, se agrupan alrededor de las isobaras de modo especial, de tal suerte, que, observando la distribución de éstas sobre una extensión más o menos grande de la tierra, puede deducirse con acierto el tiempo correspondiente a cada región particular en el momento a que se refieren los datos, completar los caracteres meteorológicos cuando faltan algunos y predecir a corto plazo el tiempo venidero, siguiendo para esto atentamente las variaciones continuas de la presión atmosférica en una zona grande de la tierra y la agrupación y vicisitudes de los demás elementos meteorológicos.

Dentro de los caracteres generales, hay que tener en cuenta las particularidades y anomalías que introduce la situación geográfica, la topografía general y aun especial de la comarca en que se encuentre, por ejemplo, una población determinada, si a ella quiere hacerse extensivo el averiguar el tiempo que debe corresponderle.

Cuando se trata, además, de aprovechar racionalmente estos conocimientos para la predicción, es necesario no perder de vista el influjo que al presentarse tal o cual forma de isobaras ejerce la circulación normal atmosférica en la estación del año correspondiente, y haber reunido caudal suficiente de experiencia para saber cómo se desarrollan y desenvuelven los elementos meteorológicos en presencia de cada caso particular.

Aunque ya se pueden establecer algunos tipos generales de tiempo para el hemisferio Norte de la Tierra, al tratar de

utilizarlos concretamente a la Península Ibérica, se observan anomalías, en las cuales juega papel importante nuestro suelo, lo que permite decir que para nosotros es necesario considerar *tipos particulares*, o mejor dicho, que al establecerse en la Península Ibérica, adquieren caracteres muy pronunciados e influyen directamente en la circulación general atmosférica.

Prescindiendo, desde luego, de repetir aquí las características que acompañan a las clásicas formas adoptadas por las isobaras, en cuanto a cómo se reparten la humedad, temperatura, viento, nubosidad, etcétera, alrededor de ellas, y cómo suelen cambiar estos elementos al variar aquéllas, trataremos sólo de establecer casos en los cuales un fenómeno o algunos de ellos sean de preponderancia tan grande por su intensidad, permanencia o variabilidad, que sirvan para definirlos y diferenciarlos de los demás.

Para establecer tipos generales de tiempo, fuera necesario reunir datos que abarcasen una extensión grande de la superficie de la tierra; como nosotros, dada nuestra situación geográfica, en un momento determinado no podemos obtener observaciones hechas en el Atlántico, a mayor distancia que están las Azores, y probablemente en muchos años ni aun los impresionables entre las Azores y las islas Británicas, es más práctico y de mayor utilidad establecer algunos tipos de tiempo, sólo valiéndonos de las formas isobáricas de la limitada zona de que diariamente se obtiene el estado y vicisitudes de los elementos meteorológicos, perdiendo así, naturalmente, la importancia y valor científico que el estudio del conjunto proporciona, pero ganando utilidad inmediata. Trabajos de índole global, ya están hechos para una zona en la que nuestra Península marca un límite inferior de latitud, quedando en todos ellos poco estudiada la parte atlántica próxima y los caracteres introducidos por el influjo del promontorio ibérico en la marcha de las perturbaciones atmosféricas.

Trataremos de establecer el tipo fundamental de invierno y de hacer resaltar el

(1) Nota presentada al último Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias celebrado en Madrid.

marcado influjo de la temperatura en su establecimiento sobre la Península Ibérica, en su permanencia y en cómo obra siempre sobre otros casos, modificándolos en sentido de favorecer el establecimiento del tipo invernal.

Es del mayor interés para el objeto que perseguimos, determinar con escrupulosidad la distribución normal de la temperatura a través del territorio de la Península Ibérica durante el período frío del año, y dentro de éste, de la parte en que se acusa con mayor relieve la característica del invierno, alejándonos todo lo posible de los períodos de transición; así, pues, por amoldar también la división meteorológica a la usual, determinamos la correspondiente al mes de Enero, no aceptando los trabajos publicados sobre este asunto, porque si bien se deben a figuras ilustres de la Meteorología moderna, francés el uno y alemán el otro, y más recientemente, en el año 1911, volvieron los alemanes con más elementos de trabajo a analizar esta cuestión, ni unos ni otros de los referidos estudios son lo bastante completos para seguir las vicisitudes y el influjo que estos valores, que pudiéramos llamar normales, tienen en el desenvolvimiento de cada tipo de tiempo. No pretendo que lo hecho aquí pueda tener, por razones que se expondrán en otro lugar, fuerza de *valores normales*, sino simplemente un avance que se aproxime a la realidad de los hechos, tanto cuanto lo permitan los datos recopilados en estaciones meteorológicas, escasas, mal montadas y deficientemente atendidas.

A pesar de estos inconvenientes, y aunque los valores numéricos haya que pesarlos debidamente al sentar conclusiones climatológicas, para nuestro objeto son suficientes.

Desde luego, si nos fijamos en la distribución de la temperatura normal del mes de Enero sobre la Península Ibérica, se observa que las isotermas tiende a cerrarse dentro de la tierra firme, siguiendo, naturalmente, la gradación que le impone la latitud y presentan la concavidad hacia el interior del territorio.

La isoterma de 8° dibuja casi el golfo de

Vizcaya, introdúcese en Galicia, siguiendo la dirección del cauce del Miño, y al entrar en Portugal por los Traz-os Montes, se dirige a Salamanca y Segovia; atraviesa la provincia de Guadalajara casi de N. a S., y, formando un gran arco, deja al N. el nudo de Albarracín, y en línea casi recta, marcha paralelamente a la costa, perdiéndose hacia el cabo de Creus. Dentro de esta gran zona, que, como se ve, ocupa la mitad septentrional de España, hallamos dos áreas perfectamente cerradas por la isoterma de 7°, lo cual no quiere decir que dentro de ella la temperatura sea constante, sino igual o inferior a esta temperatura; en la occidental de éstas se aprecia bien, como límite la cordillera Cántabro-astúri-por un lado, las últimas ramificaciones de esta cordillera en Galicia; Padrella y Nogueira, en Portugal, hacia el O.; el Duero, al S., y la sierra de la Demanda y los monte Abarenses, al Oriente. En la otra, que pudiéramos llamar aragonesa, nos encontramos que al N. aparecen los grandes macizos pirenaicos; al S. y al Occidente lo cordillera Ibérica y al saliente, la sierra de Montserrat.

Lo más notable de la gran zona limitada por la isoterma de 8°, de interés para nuestro propósito, es que en ésta hay dos núcleos de mayor frío, rodeados por una cintura de temperatura más elevada, siendo de notar, como dato característico, que las áreas frías no coinciden con los sitios de elevación mayor, sino aparecen, al menos en este caso, en las grandes planicies elevadas, hacia la parte media, abierta y alta de las cuencas de nuestros principales ríos, quedando entre ellas una especie de divisoria térmica que coincide con la cordillera Ibérica.

La isoterma de 9° arranca de las costas francesas del golfo de Gascuña, para seguir de Oriente a Occidente a lo largo del litoral cantábrico y encorvarse al llegar a Galicia, siguiendo la parte continental; entra de nuevo con rumbo a tierra desde la altura de Oporto, dejando después a Gredos y Guadarrama hacia el N., y al S. la cordillera Oretana; encórvase otra vez, y ahora hacia el N., para seguir, desde Cas-

tilla a cabo Bagur, la forma de las costas levantinas. Aparte de que en ésta, como en las anteriores y en las de temperaturas más altas situadas al S., se aprecia bien el hecho de seguir la forma costera cuando al mar llegan, es de notar el espacio correspondiente a las provincias de Madrid, Toledo y Cuenca, limitado en cierto modo por esta isoterma y la anterior; aquí está repetido otra vez el fenómeno, ya observado, de temperaturas inferiores a las que debían corresponderle y situadas, no en los parajes de mayor altura, sino en las planicies elevadas y cuencas abiertas de los ríos.

El mismo hecho, con caracteres análogo, vuelve a llamar la atención, siguiendo hasta el límite de España, en las cuencas del Guadalquivir y del Segura.

Pudiera atribuirse algo de esto a errores de corrección de temperatura al nivel del mar, pero regularidad tan marcada y el coincidir en muchos casos el mismo fenómeno con zonas en que los datos necesitan poca corrección y en que este error positivamente no influye, permite suponer que las cosas ocurren siguiendo esta ley. No nos cansaremos de repetir una vez más, que con una red más tupida de estaciones, tal como la de reciente creación por el Observatorio Central Meteorológico, y con series largas y minuciosas se echarán de ver infinidad de detalles que aportarán gran luz, no sólo en el estudio climatológico de España, sino en el de los trastornos de Meteorología dinámica local ibérica, que presentan granaes e interesantísimas particularidades.

Las isotermas correspondientes al mes de Diciembre acusan más aun el área de frío de las cuencas del Duero y del Ebro; la isoterna de 8° es completamente cerrada, y los núcleos de intensidad mínima, algo menos extensos, pero situados, como ya se ha dicho, sobre las regiones de planicies elevadas.

Ya las isotermas de Febrero aumentan su valor, pero conservan aún las notas salientes enunciadas y vistas en los meses anteriores, aunque menos acusadas; así, por ejemplo, los centros de mayor frío se alejan hacia el N. con 9° en vez de 7°, que an-

tes tenía como valor mínimo, y al considerar las zonas de la mitad meridional de la Península Ibérica, se aprecia ya claramente la evolución hacia un régimen totalmente distinto, que ha de caracterizar el agrupamiento de las temperaturas durante el verano, el cual juega papel importante en los tipos de tiempo más frecuentes del estío.

Si de las temperaturas pasamos a la presión atmosférica y se trazan las isobaras normales del mes de Enero correspondientes a la Península Ibérica, se observa que la isobara de 765 mm. camina paralelamente y como bordeando las costas de la Península Ibérica; la de 766 sigue marcha parecida, encerrada por la anterior, en tierra firme. Encuéntrase la de 767 limitando un área extendida sobre la mitad occidental de Iberia, cuyo mayor núcleo aparece entre Orense y Zamora, con un valor de 769 mm. Es de notar también que entre Logroño, Soria, Teruel y Cuenca existe una zona en la cual la presión no aumenta con la misma rapidez de la del resto de España, coincidiendo esta particularidad con la señalada anteriormente al hablar de la distribución de la temperatura; es decir, la presión parece como que sufre una paralización en su marcha ascendente al atravesar la divisoria térmica de la cordillera Ibérica. Un estudio más detenido aclarará si esto es realmente verdad o si se debe a errores aportados por los datos que han servido para este trabajo.

Si se añade que la temperatura media del agua del mar circundante de la Península Ibérica oscila entre 10 y 15° durante el invierno, fácilmente se comprende el régimen dominante de vientos para nuestro territorio durante la época fría del año; así, la nota de mayor relieve a este respecto es la divergencia, la dirección de tierra a mar que su resultante acusa. Este hecho, ya conocido de antiguo, estudiado desgraciadamente poco, ha hecho que se compare la circulación atmosférica de España con las de la India y Australia.

Por no entrar en consideraciones ajenas al propósito de estas notas, baste lo dicho para juzgar, no sólo de la importancia que la consideración de los elementos normales

tiene para la Climatología, sino para el desarrollo de los tipos de tiempo que nos alcancen. Si buscamos el modo de agruparlos por orden de importancia práctica atendiendo a establecer grandes grupos, en los cuales, dentro de la multiplicidad de fenómenos, haya alguno o algunos de mayor interés por condiciones especiales, como tratar de indagar los favorables a la sementera, los perjudiciales a las viñas en épocas determinadas, cuándo hay que precaverse de las granizadas, etc., etc., si de labradores se trata; con qué tipos de tiempo los vientos en las costas del Cantábrico son duros y la navegación peligrosa; cuándo el Estrecho de Gibraltar se halla con Levante, si a marinos van encaminados los trabajos, habría necesidad de establecer un número tan elevado y tan poco definido que perdería toda utilidad; así, pues, huyendo de esto y tratando de establecer divisiones amplias, hemos creído conveniente el presentar el tipo de tiempo de mayor frecuencia durante el invierno, el *seco*, aquel que cuando se forma o llega a territorio nuestro, va acompañado de sequía; la lluvia, o no se registra, o es de mucha menor importancia este fenómeno que los demás.

Importante es, después de esto, estudiar el tipo o los tipos de tiempo que, por el contrario, se caractericen por la continuidad de un período lluvioso, bien entendido que supeditamos todos los demás fenómenos a éstos, y, por último, aquellos en que se opera la evolución del *seco* al *lluvioso* o viceversa.

Presentaremos aquí el primero, y haremos, nada más que de pasada, una ligera reseña de algunos de los segundos.

Ya se ha dicho antes la importancia de la forma que las isobaras adoptan, en la distribución de los elementos meteorológicos, cómo cambian frecuentemente con ellas, y que, según la época del año, a una misma forma de isobaras, pueden corresponder fenómenos completamente opuestos.

Con los datos barométricos de todos los días en que no ha llovido sobre la Península Ibérica, independientemente de que llueva

o no fuera de nuestro territorio, durante el mes de Enero, tenemos la representación de cómo deben hallarse repartidas las presiones para obtener un período de sequía; no es necesario utilizar series largas, porque no deseábamos obtener un tipo realmente normal, sino la *forma* del tipo, que, por otra parte, está bien caracterizado. Cuando se trata, como ocurre aquí, de una forma casi única, es decir, que con formas isobáricas completamente semejantes, se produce la sequía en España, al hallar un promedio de todas ellas se obtiene el resultado mismo que con dos o tres bien escogidas; sin embargo, lo hecho corresponde a períodos de cinco años, en los cuales la semejanza es realmente notable.

No ocurriría lo mismo si se tratase del período lluvioso, pues como este fenómeno se produce con formas isobáricas muy distintas, para perder el efecto perturbador de las menos frecuentes, necesario es recurrir a series extremadamente largas, y aun éstas llegan a ser cortas para los períodos de transición.

La zona donde la presión atmosférica alcanza su máximo valor, es la correspondiente a la meseta de Castilla la Vieja, sobre la cuenca media del Duero, región abierta y alta; el valor es de 775 mm. y la isobara de 774 la encierra completamente entre las poblaciones de Burgos, Palencia, Zamora, Salamanca y Madrid. No se acusa aquí más que imperfectamente el efecto de la zona fría de la cuenca del Ebro.

Las líneas de igual presión van siguiendo una marcha regular alrededor de estas primeras, conservando la forma cerrada, notándose claramente en la de 771 y 770 milímetros, cómo se amoldan a la figura de las costas, dibujándose, por ejemplo, el golfo de Valencia, el saliente que corresponde a los cabos de San Antonio, Palos, Gata, etc.

Las isobaras, al salir de nuestro país, se alargan hacia Francia, llegando a invadir la parte central de Europa, limitando claramente las presiones débiles sobre el mar y las elevadas hacia la tierra firme, con preponderancia manifiesta a establecerse sobre el macizo del territorio español.

Por una parte, la temperatura elevada de las aguas del mar, y por otra, el aumento de la radiación térmica que presenta nuestra Península a medida que nos alejamos de las costas, son factores importantes para el establecimiento de áreas anticiclónicas, y todo abona, por el contrario, a que sea difícil la formación de las de carácter ciclónico, el desarrollo de éstas, si llegan a formarse accidentalmente, y el paso de las que avanzan de uno y otro lado, venidas del mar.

El influjo de la contextura orográfica sobre la temperatura y de ésta en la formación del tipo de tiempo anticiclónico es manifiesto hasta tal punto, que cuando no llegá a formarse la zona de presiones altas *in situ*, ejerce una especie de atracción para las que, siendo de esta clase, se hallan o atraviesan el Atlántico, acelerando su marcha lenta primitiva hasta llegar a España, cesando luego su progresión para estar retenidas durante un período largo de tiempo.

Otras veces se manifiesta el influjo de los elementos normales de la Península Ibérica durante el invierno, por la tendencia a hacer variar la trayectoria de las borrascas del Atlántico al acercarse a nosotros, y como regla general, puede afirmarse que la transición, en el caso de que una borrasca rompa el equilibrio normal del régimen frío, del tipo de tiempo que pudiéramos llamar de *anticiclón continental* al de depresión ciclónica de cualquiera de las especies, es más lenta que la operada en sentido inverso, es decir, del tipo de tiempo borrascoso y húmedo al anticiclónico, seco y frío; así como éste se caracteriza por su mucha permanencia o estabilidad, aquéllos son de gran variabilidad y de fenómenos menos definidos e individuales.

Cuando un anticiclón está ya establecido sobre la Península Ibérica, presenta los caracteres generales del *anticiclón continental*, y aunque no lleguen, ni con mucho, a señalarse como en el de Asia, por ejemplo, los fenómenos de modo tan intenso, en cambio el contraste y las zonas donde aparecen unos y se pierden otros, se hallan

muy próximas, y esto mismo hace que se acusen más claramente. Fácil es observar el frío de la región central, la transparencia del aire, la intensidad del azul celeste y la gran irradiación nocturna que ocasiona heladas intensas; las nieblas, aparición de estratos y falso-cirros y de cirros verdaderos, aunque esta última clase de nubes suele aparecer en los límites donde las isobaras dividen la región de altas y bajas presiones.

(Continuará.)

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1)  
por D. Juan Caballero Rodríguez.

(Continuación.)

Decidido a no separarse un ápice de su bello ideal, no cesó un solo día de actuar de profesor y de estudiante. Explicaba a sus alumnos, hablaba o discutía con ellos de los problemas que cada lección entrañaba, en lo cual ejercía sus maravillosas dotes de maestro. ¿Tomó Giner de los Ríos a Sócrates por modelo? Sus enseñanzas eran dialogadas: una conversación constante con sus discípulos. ¿Obró de distinta manera el sabio griego? Claro que desde la existencia de éste a la del filósofo español han transcurrido dos mil años corridos, y no en balde pasa el tiempo. Sócrates enseñaba siempre, por lo general, con motivo de inesperados encuentros y de causas del momento. En estas circunstancias no podía sistematizarse la labor pedagógica, y todo había de ser resultado de un método previamente discurrido, que ya era connatural al maestro insigne. En cambio, Giner de los Ríos tuvo necesidad de hacer un programa para los alumnos de su cátedra de la Universidad Central, y respondiendo al progreso de la época en que vivió, fundó la Institución Libre de Enseñanza, con

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

todos los adelantos de sistematización pedagógica que el avance cultural moderno consentía, bien que respetando siempre el desenvolvimiento especial que libérrimamente conviniera a cada espíritu. Y esa es, en efecto, la materia prima de la ciencia contemporánea de enseñar. Los espíritus, como parte integrante de los seres, están sometidos a las mismas leyes que éstos, y, por consiguiente, tienen un coeficiente vital propio, digno de todo respeto y consideración. Nunca mejor empleada la palabra libertad que con motivo del desarrollo particular de cada espíritu: la Pedagogía tiende sin duda a formar especies animicas; mas, en modo alguno, debe atentar contra la formación de claras y distintas individualidades. Por eso predicamos contra las desastrosas uniformidades que persigue el ya rancio memorismo; por eso pretendemos que la asimilación de las ideas se haga por el discípulo únicamente en lo esencial, en la raíz, si posible fuere; por eso renegamos de los credos cerrados y pedimos programas únicos con textos múltiples, a fin de que el alumno estudie aquellos que más armónicamente hicieren vibrar sus células psíquicas. El maestro Giner de los Ríos no tuvo texto obligatorio nunca, y ¡hasta solía regalar el programa! Sin duda actuó de verdadero apóstol, que condena con acciones delicadas lo que delictuoso estima.

No estuvo a menos altura el estudiante. Hombre humilde, de sano corazón y de costumbres sencillas, magníficas para crear la Grecia española, o, si se prefiere, la española Suiza, amoldó su conducta al hecho real y evidente de que jamás alcanzamos la meta de la sabiduría; de aquí su asistencia asidua a la clase de Salmerón y a las conferencias de Cossío, Altamira, etcétera, siempre que considerase que algo útil podía aprender. El hombre de pureza de alma queda retratado en el hecho de concurrir a todo acto docente de interés, fuera quienquiera el conferenciante, sin excluir a sus propios discípulos. Y nuestro pedagogo, queriendo sacar de todo el mayor provecho posible, tomaba notas como un escolar aplicado.

Esa constancia en el trabajo rodeó su nombre de prestigio y de autoridad. De aquí el fenómeno extraño de que, no obstante su radicalismo filosófico en nación tan ortodoxa en sus apariencias como la España *de las mordazas y los cascos cohibidores del pensamiento libre*, ejerciese tan grande influencia en el movimiento reformador de los directores de enseñanza primaria y aun de los ministros de Instrucción pública. Por sus dotes personales fué, pues, muy estimado en la Nación toda, pues hasta los más intransigentes reaccionarios reconocían la sublime bondad y las bellísimas virtudes del sabio pedagogo.

En el extranjero se apreciaron, a más de esas dotes particulares, todos los méritos del eminente apóstol. Por tal razón adquirió gran renombre fuera de su patria.

Maestro y estudiante toda su vida, jamás se mostró superior a sus discípulos. Esto explica el que renunciase al célebre sillón de catedrático, colocado sobre la más célebre tarima *académica*, y modestamente se sentara en una silla que colocaba en el mismo plano a profesor y alumnos. Así se concibe de un modo lógico y natural el cariño que éstos le profesaron; así se explica que tuviese discípulos voluntarios, que le siguieran los jóvenes amantes de la sabiduría, como los griegos que anhelaban perfeccionarse buscaban la compañía de Sócrates, el maestro por antonomasia.

No tuve yo ocasión de bucear en el espíritu de Giner de los Ríos; pero todo me induce a creer que la Institución Libre de Enseñanza de Madrid es un elocuente remedo de la academia de Platón. Lo griego simpatiza a los hombres cultos, se los atrae, los sugestiona, se los hace suyos; lo griego idealiza la vida, embellece la organización social, tan fea y estrambótica; lo griego pide Naturaleza, Verdad, Altruismo, Amor..; lo griego funde lo serio con lo alegre, lo humano y lo divino, lo grave y lo infantil. ¿Quién no adivina las discusiones del iluminado Sócrates con sus conciudadanos, la severidad de las doctrinas platonianas con las costumbres del pueblo, la sublimidad del pensamiento aristotélico

con la sencillez del discurrir paseando (es escuela peripatética)?... ¿A quién no seduce un pueblo que hace culto de la Democracia, que lucha y pelea en la vía pública; que se instruye en la calle, que en común *desata* todas sus energías para purificar la vida y perfeccionar la inclinación de los hombres?... Pues la Institución Libre de Enseñanza, fundada por Giner de los Ríos, es el esfuerzo mejor dirigido hacia una Grecia contemporánea, sencilla en el porte, sabia en el fondo, humana siempre,

Una sola frase de nuestro compatriota revela toda una doctrina *esotérica*. Para él «solamente el filósofo puede en la tierra ser hombre de bien». Así lo dice otro de nuestros buenos pensadores: Antonio Zozaya.

Discurramos un momento sobre afirmación tan atrevida. Ninguna persona carente de amor a la sabiduría puede ser de bien. Necesitamos para percibir el pensamiento con toda claridad indicar qué sea un filósofo y qué sea el bien. Ambas cosas son difíciles en extremo, por lo que se requiere buena voluntad en quienes leyeren. El filósofo moderno es algo por el estilo de lo que nuestro Giner era: maestro y estudiante permanente en una sola pieza; asimilarse doctrinas que la propia psiquis trasforma para armonizarlas con la esencia del *yo*, a fin de luego verterlas sin pretensiones, con alma humilde y sencilla; no obrar nunca sino de un modo consciente, pues todas las teorías y *buenas nuevas* son hechura del hombre, y en tal concepto, imperfectas, indignas de sumisión absoluta, y mucho más de que se impongan a una razón que las rechaza; tener piedad por el prójimo, amarlo desinteresadamente, no por placer, sino por *deber imperativo*, y realizar lo que le convenga, no según sus ansias y prejuicios, sino de acuerdo con la propia conciencia; procurar formar ésta para el reinado de la virtud y el trabajo, sin miedo a las privaciones ni a los sacrificios, sino más bien haciéndola superior a ellos, ya que de tal modo se conseguirá someter a la voluntad, tanto más fuerte cuanto más sumisa se halla, al cumplimiento de las obligaciones ciudadanas, porque

de ese modo no se deja vencer de las despreciables sollicitaciones del vicio y del pecado; cumplir las leyes del país en todo aquello que se opone al desarrollo de las imperfecciones propias, pues sólo así se tendrá autoridad para combatir las con nobleza y apostólica dignidad; luchar sin descanso por la reforma de las costumbres, para que se hagan sencillas y puras, para que se aproximen sin interrupción a la más límpida fraternidad; elevar la ética social al divino solio de la Justicia, con objeto de que desaparezca esa inconcebible dualidad que debe fundirse en sublime síntesis denominada *bien colectivo, bien de la especie*; en resumen, convertirse en tangible ángel tutelar de los semejantes, no sólo para servir de *ejemplo nativo*, sin afectación ni ridiculeces, sino con el fin de dulcificar la vida en un ambiente de máxima justicia y suprema bondad. Tal concibo al filósofo contemporáneo en sus líneas generales.

La idea del bien también evoluciona con el tiempo para atemperarse al sucesivo progreso que la Humanidad va alcanzando. Obrar hoy bien es en extremo complejo; pero ante y sobre todo, significa ser desinteresado, mirar al prójimo como a uno mismo, querer que la especie se constituya en familia, que el mal de uno a todos aqueje, que la solidaridad tenga por cimientos incommovibles la igualdad y la libertad de los ciudadanos, que no haya amos ni criados, que la riqueza se distribuya de modo que no exista un solo hombre que deje de satisfacer sus naturales necesidades.

Y miradas así las cosas, es evidente que «sólo al filósofo le es dable ser hombre de bien». ¡Y escasean tanto, desgraciadamente, los filósofos!... A lo mejor se aplica este sagrado nombre a quien, lejos de la ecuanimidad de un virtuoso y justo y desinteresado, explota al prójimo en alguna de las mil maneras que la codicia ha inventado para acrecentar dinero y riquezas de varias clases, o a quien padece de gula y la satisface a costa de amigos y parientes, o a quien ha ganado la lujuria y lleva por doquiera el atropello y la falsía, etc., etc...

Seamos cautos en aplicar el nombre sublime de filósofo, si no queremos que, como todo, se prostituya y se corrompa, con gran contento de los vicios capitales, y aun del escepticismo, que va sin cesar ganando corazones y enfermando inteligencias. El filósofo ha de parecerse a Sócrates o imitar a D. Francisco Giner de los Ríos, y reunir las condiciones que enumeradas quedan.

Actos propios de un filósofo han sido, en general, todos los realizados por nuestro insigne maestro, destacándose entre ellos la serenidad y fortaleza de ánimo con que sufrió que por dos veces se le desposeyera de su cátedra por la intolerancia de nuestros absolutistas Gobiernos; la sencillez con que rechazara las recompensas que reiteradamente se le ofrecieron, las cuales pudieron ser el principio de una serie de halagos y agasajos que determinarían su aproximación a la imperante dinastía, dando así al traste con sus decididos propósitos de no etiquetarse en política, aun cuando su amor al librepensamiento, a las proletarias reivindicaciones y a la humana solidaridad, ya indican con sobrada elocuencia el campo que a su espíritu correspondía; la despreocupación y la humildad que presuponen su declaración de que se le entierre en el cementerio civil, dado que se halla fuera de la Iglesia; que la caja contenedora de sus restos fuera modestísima; que no usaran carroza ni se empleara solemnidad alguna en la conducción de sus mortales restos; que sólo apetecía en tales momentos la compañía de sus amigos más íntimos... Filosofía, y gran filosofía, es necesaria para vivir con pobreza cuando la fortuna brinda con todos sus esplendores y todos sus disfrutes; y a tal extremo llevaba nuestro pedagogo sus metodismos filantrópicos, que, si no me es infiel la memoria, su ilustre hermano Don Hermenegildo encontró en sus bolsillos, en uno de los últimos días de su vida, CINCO REALES ÚNICAMENTE.

Hay en España muchos santos varones que *de hecho* reniegan de la propiedad particular. Muy poco tiempo ha comentaba yo favorablemente el desprendimiento

que supone que un hombre pueda reunir modesto capitalito de sus diminutas y reiteradas economías, y, no obstante, renuncie a él voluntariamente, y mi interlocutor, que es catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona, me dió a entender que era su invariable práctica huir de ese mal de ufanarse por ser propietario. Aunque este ilustre maestro ya está bien señalado para muchos profesores que conocen la amistad con que me honra, circunstancia suficiente para pensar en él desde luego, no lo nombro por si le disgustase. Pero no deja de llenarme de gozo se extienda el sublime desinterés que tan grande hace a los hombres y tan prósperas a las naciones que de ellos tienen crecido número.

Colocadas estas almas nobles en los cargos de importancia y responsabilidad, se esfuerzan en cultivar el bien, en acentuar la honradez administrativa, en aquilatar la ética de las multitudes. Es la manera más gallarda de poner de relieve su superioridad. Pero precisa no dejarse seducir por las apariencias: hombres de inteligencia escasa se muestran como profundos filósofos gracias a una gran prudencia en el hacer y en el obrar; hombres de ingenio mediocre brillan en las artes como estrellas de gran magnitud merced a nimias exterioridades; hombres de una moral averiada se presentan en plaza como dechado de perfecciones, por ocultar sus defectos con una gran hipocresía. Por eso el progreso no avanza como fuera de desear; por eso las gentes se hacen desconfiadas y se entregan a doloroso escepticismo. Tales personas seudosuperiores merecían castigo severísimo, por resultar las más enemigas de una invariable norma hacia el adelanto social, y las que con sus actos pecaminosos llenan el ambiente de justa duda y provocan el aislamiento de los hombres honrados y el retraimiento de la lucha diaria de los de bueno y noble corazón.

Nada más ridículo existe que los payasos que se engríen de su propia vanidad. Lo menos que podemos hacer quienes con voluntad decidida anhelamos el triunfo de la verdad y la hegemonía de la virtud, es desenmascarar a esos pobres diablos que

tanto emponzoñan el ambiente. Hay una infalible medicina para dejar al desnudo a quienes llevan un traje impropio de sus verdaderos merecimientos. ¿Se apropia fama de inteligencia soberana? Métasele en profundidades de que no pueda salir sin confesar su mediocritud. ¿Hace ostentación de gran artista? Oblíguesele con diplomacia a que exponga los cánones de la belleza en la rama que actúa. ¿Trata de hacer ver mentidas virtudes? Comprométasele en obras de puro altruismo, y no se tardará en percibir su miserable oropel.

Yo sigo desde ha tiempo ese sistema, porque muy joven aprendí del gran Pi y Margall a tener poca fe en los hombres, y, en cambio, ciega fe por las ideas. Estas son vírgenes, y van desnudas mostrando sin atavíos sus bellezas y monstruosidades, aquéllos se visten, con frecuencia, con el traje que más oculta sus miserables aspiraciones para mejor lograr la satisfacción de inmundos apetitos.

He entrado en la vejez, y la experiencia me ha demostrado que el egoísmo gana las almas por muy diferentes conductos; que la corrupción presenta multiplicidad de formas, que en el mundo de la Filosofía hay más apariencias que realidad.

Cuando yo he podido departir extensamente con un grande hombre sobre variedad de cuestiones, en seguida he trazado la línea de conducta que he de seguir con él. Son pocos, muy pocos, los que tienen alma grande: en general, viven con idénticas preocupaciones que nosotros, en un horizonte reducido, dentro de una capillita que enseñan para que los desgraciados mortales (hombres comunes) nos predispongamos a sumisa adoración. Esos pseudo-superiores necesitan creyentes, voluntades débiles que se les prosternen: ¡qué alma tan pequeña los caracteriza!...

En el filósofo hay la virtud de la consecuencia entre los actos que realiza y las doctrinas que sustenta, entre sus anhelos reformadores y las vibraciones de génesis perfectiva de su alma. ¿Hay una transgresión *racional* de las leyes imperantes? La aplaude sin reserva de ningún género. ¿Existe algún mártir dispuesto al sacrificio

por un ideal progresivo? Jamás lo desampara. ¿La estrechez de las leyes origina encarcelamientos y ostracismos? Combátela secretamente, y, además, trata de destruir sus odiosos efectos.

El sofista o falso filósofo, por el contrario, se somete y quiere someter a los demás a las costumbres imperantes, es respetuoso hasta con los pecados capitales, todo en él es prudencia, recato aparente, deferencia a lo que triunfa, tenga o no razón; defiende lo estatuido para faltarle, si puede impunemente hacerlo, en aquellas cuestiones que afectan a sus intereses; ama los placeres, y si fuere descubierto en esta real debilidad, tratará de cohonestar su conducta con filosofía barata, con filosofía callejera, declarándose, si para justificarse fuese preciso, irreconciliable enemigo de la ley que no le permite con tranquilidad y sosiego abusar del santo nombre de filósofo.

Con estos comentarios he querido poner de relieve el alto valor filósofo del sabio maestro, del ilustre heredero espiritual de la Grecia platoniana, progresiva sin mácula, científica, liberal, preñada de altruismo; con estos comentarios he pretendido fijar la atención del lector en la armoniosa vida del pensador pedagogo que en vida se llamó Francisco Giner de los Ríos, honra de la España que piensa y trabaja, orgullo del Magisterio filosófico-filantropico; con estos comentarios he deseado poner de manifiesto que distingo entre sabio y pretencioso, entre filósofo y sofista, entre lo puro y lo impuro, entre el oro y el metal dorado, entre lo sublime y lo ridículo. Hacen falta estos parangones, así para que la verdad se abra campo como para que las personas de buena fe no caigan en incurables desmayos o en impotente escepticismo.

Don Francisco Giner de los Ríos odiaba la vacuidad de nuestros seudofilósofos. Copio de Luis de Zulueta: «La vida no es trágica—le oí decir una vez—, pero mucho menos es frívola; la vida es seria. Tomémosla como un deber altísimo—añadía—; sigamos el camino recto, cueste lo que cueste, pero sin olvidarnos de coger ninguna de las flores que encontremos al

paso.» La vida es seria, en efecto. El hombre ha de mirar alto, y ver las generaciones por venir, preparando *las actuales* para que realicen una labor honrosa y humana. ¿Hay nada más irracional que el criterio de la trampa, que el sistema del empréstito público, hipotecador del avance perfectivo, no sólo del presente, sino también de lo futuro? ¿Hay nada más vacío que el argumento de que dejamos a nuestros descendientes más riqueza que deuda? ¡Pobres economistas! ¡Pobres filántropos!...

La vida es seria, como dijo Giner de los Ríos; la vida es método racional, como pensarán todos los filósofos; la vida es un gran peso, como afirmarán los moralistas dispuestos al sacrificio. Y siendo todo eso la vida, una generación debe respetar la riqueza de sus sucesoras; sufragar cuantos gastos le originaren sus locuras y sus entusiasmos, aunque para ello tenga que forzar la tributación, aunque para ello necesite suprimir los usufructos de la propiedad particular; saldar todas sus cuentas con el exceso capitalista de la aristocracia del dinero, pues mientras dure la individual propiedad, debe haber un *mínimum intangible*, suficiente para las necesidades de la vida y a disposición de cada ciudadano, y un *máximo* de respeto para los acomodados, del que no será lícito rebasar. ¿Qué es eso de que las leyes permitan que unos hombres derrochen sin tino una riqueza que no se agota, a lo mejor corrompiendo el ambiente moral, y haya otros que mueran de hambre? Las sociedades que tales absurdos consienten son acéfalas y duras de corazón, y, en el fondo, carecende toda religiosidad, son la negación misma de todo credo religioso.

Estos comentarios y cuantos me ha sugerido o me sugiriere la vida del eximio maestro, nada tienen que ver con las propagandas de éste; mas no creo se asustara de ellos, dado que, como indica Luis de Zulueta, «el criterio de D. Francisco resultaba con frecuencia, frente a los problemas pedagógicos, el más atrevido y radical. *Cada día más radical y CON LA CAMISA MÁS LIMPIA*», era su frase. Al leer

afirmación tan rotunda, llenóseme el alma de gozo: ¡yo también creo en la necesidad de avanzar en el terreno de las ideas; yo también estimo indispensable que los reformistas sean acabado modelo de ética!... Sin esto, carecen de autoridad. Por consiguiente, un socialista, o un comunista, o un colectivista que se esforzara en reunir un capital, haría detestable apóstol de sus ideas; un partidario del amor libre que se entregara a una vida disipada y consintiera todo atentado a la moral del matrimonio, haría muy pocos prosélitos; un borracho que atacase el alcoholismo, haría reír a las gentes. Debemos, pues, avanzar sin limitación en nuestro radicalismo científico, filosófico o político, pero cada vez *con la camisa más limpia*. Este solo pensamiento acredita de profundo a un filósofo.

Lo acredita también el haber *canalizado* la vida; es decir, el haber trazado consciente línea de conducta, de que jamás se separó. Parece ser que se levantaba a las cuatro; que tomaba diario baño de agua fría, baño que a menudo se preparaba él mismo, conduciéndose el líquido; que en su sencillez de costumbres llegó hasta a hacerse la cama algunas veces; que se desayunaba fuertemente, almorzaba poco y comía bien. El resto del tiempo lo dedicaba a sus obligaciones de catedrático de la Universidad y de maestro de la Institución Libre de Enseñanza, que fundó en 1876, y de que fué alma y vida. Hombre de tan austeras costumbres, disponía de tiempo bastante para destinarlo a la amistad y al bien, y de aquí la peregrinación diaria a su casa de los que le amaban, o necesitaban sano consejo, o habían menester ayuda pecuniaria. Su vivienda era una incesante peregrinación. Pues aun le sobraba tiempo para estudiar mucho. De aquí su inmensa cultura: pedagogo, filósofo, sociólogo, lingüista (sabía bastantes idiomas), literato flúido y abundoso.

A su pluma se deben los siguientes trabajos (1):

Sólo conozco algunas de las obras enu-

(1) Sigue la lista de sus obras, que puede verse en el número de Febrero de 1915, del BOLETÍN.

meradas. De ellas indicaré algo, muy poca cosa. Es en mi costumbre marcar los ajenos pensamientos que se distinguen por su valentía o buen sentido, por su profundidad, su progreso o afortunada condensación doctrinaria; pero también señalo lo incongruente, lo ilógico, aquello que sirve de sustentáculo de un credo mal cimentado y peor desenvuelto. De nuestro gran Giner de los Ríos apenas encuentro indicaciones en los libros; lo cual presupone que es un autor cuya alma vibraba en forma que a la mía se aviniera muy armónicamente, que es un autor que puedo leer sin que mi psiquis se alborote en bien ni en mal, que es un autor que pudo formar mi espíritu a su imagen y semejanza, si llegamos a tratarnos con aquella intimidad que lo hacían los antiguos maestros y discípulos de la inolvidable Grecia (descartando, naturalmente, todo aquello que no fuere ejemplo sublime de ética), los humildes filósofos del hombre, o animal más perfecto del orden de los mamíferos; intimidad que ha sido precisamente lo más hermoso y sublime, con haber allí tanto bueno y recomendable de cuanto caracterizara a la Institución Libre de Enseñanza, mientras la dirigiera el eximio pedagogo D. Francisco Giner de los Ríos.

Si por fortuna para mí llego a caer en las clases de este filósofo-maestro, habría dejado en mí un hijo espiritual completamente unificado con su gran misión. Pero las circunstancias de la vida han querido otra cosa, y hay que resignarse.

Esa insignificancia de notas de superior radicalismo científico que el por mi alma alimentado, así como la falta de indicaciones contrarias a mi doctrinarismo, determinarán reducida extensión en mis comentarios, sin duda con beneficio del lector, que encontrará disminuída la pesada carga que voy echando sobre él. Suplícole, sin embargo, un poco más de paciencia, pues lo poco que transcriba, como selecto y denunciador de un temple espiritual insólito, puede motivar algún entusiasmo de mi sincera pluma.

Constituyendo el volumen XX de la Biblioteca Andaluza, dirigida por el hermano

de nuestro pedagogo, eximio literato Don Hermenegildo, publicó D. Francisco Giner de los Ríos un libro titulado *Educación y Enseñanza*, en que reprodujo sustanciosos y muy bien orientados artículos pedagógicos que escribiera para el BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA. Sólo hice algunas señales en el prólogo de esta obra, que lleva fecha de Setiembre de 1889, sin duda porque los trabajos reproducidos se avenían *en absoluto*, o poco menos, con mis ansias pedagógicas cuando los leí (ignoro si hoy sucedería igual, no sólo por el progreso realizado en las cuestiones de enseñanza, sino también por la natural evolución de mi espíritu).

Mi primera acotación dice así: «Digo «reforma» y casi debería decir más bien «creación»; hasta tal punto nos hallamos distantes de haber entrado, en cuanto a la realidad y a lo interno, que no en la vana apariencia de leyes y decretos estériles, en el movimiento de los pueblos cultos: pese al falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba.» ¡Qué azote más terrible sobre la ignara muchedumbre de nuestros calamitosos políticos! ¡Con qué finura les llama Sanchopanzas, haraganes, vacíos completamente de ideas!... Es ciertamente para desesperar observar que casi se puede contar con los dedos los políticos que colocan el cerebro más alto que el estómago: ¡casi todos discurren en consonancia *con las más difíciles digestiones!*... Un movimiento salvador sería que se lanzasen al palenque gran número de austeros ciudadanos que reniegan del sistema que la taifa política emplea para gobernar el país. Esos retraídos, esos indiferentes son, en general, personas de un gran sentido práctico; y si ingresaran en el campo político con el incontrastable propósito de moralizar las costumbres, de acabar con el soborno y la corrupción administrativa, y de crear nuevos organismos de ética ejemplar en los partidos, prestarían un gran servicio a la Patria. Hoy por ninguna parte se vislumbran

grupos que inspiren confianza. Los hombres carecen de ideal; porque por rara excepción, se sacrifican por él, y, lejos de ello, muestran en público el que consideran más sugestivo, de más seguro éxito. La raza necesita muchos políticos de carácter, hombres que dignamente representen un programa. En general, nada puro tenemos, pues nuestros oligarcas prostituyen hasta las ideas más santas.

La segunda señal comprende un largo párrafo. Véase éste: «Compramos el derecho de hablar de esta suerte a precio de todas nuestras energías, puestas con inquebrantable tesón al servicio y amor de la Patria, por cuyo renacimiento casi nada hacemos; pero este *casi nada* es todo cuanto podemos. En ello nos agotamos sin sacrificio y con honda alegría, predicando hasta a los que no quieren oírnos, uniendo a la censura el remedio, hasta donde nos es dado conocerlo y decirlo; y a la teoría y el ejemplo constante, aunque lleno de dudas, arrepentimientos y fracasos, por la escasez de nuestras fuerzas de todas clases; con que, cayendo y levantando, mostramos al menos voluntad perseverante de comprobar o rectificar nuestra idea en la experiencia y a la vista de todos. Alejados de la política, donde es nuestra creencia que se malgastan grandes esfuerzos para resultados mínimos, estamos siempre prontos a dar, sin embargo, un consejo y a ayudar a poner mano en las reformas gubernamentales, apenas por rara extravagancia de la suerte se juntan allá en las alturas un relámpago de buen sentido y una disposición benévola para nuestros ideales; persuadidos, no obstante, de que casi todo cuanto en este orden auxiliemos a levantar está condenado por largo tiempo a ser destruido no bien el relámpago pasa y la corriente de la vulgaridad y de los lugares comunes recobra, como es ley, su natural y hasta legítimo imperio; viéndolo derrumbarse con severidad y sin ira, prontos a volver a la brecha no bien nos la entreabra en sus veleidades la fortuna.»

(Continuará.)

(*La Escuela Moderna*, Madrid. Núm. 285 y siguientes.)

## LIBROS RECIBIDOS

Martín Lecumberri (N. Esteban). — *Algas microscópicas marinas y procedimientos oceanográficos*. — Madrid, Fortanet, 1914. — Don. de la Junta para Ampliación de Estudios.

Otero (Dr. Alejandro). — *Diagnóstico serobiológico del embarazo*. — Madrid, Fortanet, 1915. — Don. de id.

Pestana (Alicia). — *La educación en Portugal*. — Madrid, 1915. — Don. de id.

Ministerio Imperial y Real de Austria-Hungría. — *Causas de la guerra entre Austria-Hungría e Italia*. — Hamburgo, Broschek y Compañía. — Don. del Ministerio.

Asociación para el Progreso de las Ciencias. — *Origen y evolución de la arquitectura panóptica en España*. — Alcalá de Henares, Imprenta del Reformatorio de jóvenes, 1915. — Don. de D. Ig. D.

Schrörs (Heinrich). — *La guerra y el catolicismo*. — Friburgo de Brisgovia, B. Herder. — Don. del autor.

Veridicus. — *La causa de Bélgica. Estudio documental*. — Madrid, Gran Imprenta Católica, 1915. — Don. de id.

Díaz-Caneja (J.). — *Cumbres palentinas. Impresiones*. — Dos ejemplares. — Madrid, Imprenta Ibérica. — Don. de id.

Puig (Antonio). — *Prefumo. Su historia política y parlamentaria*. — Cartagena, E. Garrido, 1914. — Don. de id.

Azorín. — *El Licenciado Vidriera visto por ..* — Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915. — Don. de la Residencia de Estudiantes.

Serrano (Leonor). — *La Pedagogía Montessori. Estudio informativo y crítico*. — Madrid, Suc. de Hernando, 1915. — Donativo de la autora.

Asociación nacional del Magisterio primario. — *Programa de Gobierno para la enseñanza primaria nacional*. — Madrid, F. Peña, 1914. — Don. de la Asociación.

Instituto Ibero Americano. — *Estatutos*. — Madrid, «Sindicato de publicidad», 1914. — Donativo del Instituto.